

Capítulo XV

PUERTO LIMON — SAN JUAN DEL NORTE

De Puerto Limón regresamos cargados de nuestro botín del viaje a Talamanca a nuestro domicilio habitual en Caño Seco para poner en orden y empacar nuestros tesoros y equiparnos para nuestro viaje al delta del río San Juan en la frontera entre Costa Rica y Nicaragua.

El período de lluvias se acercaba ahora a grandes pasos, por lo tanto, debimos abandonar el proyecto de hacer el viaje en lancha y decidimos más bien esperar el vapor inglés que mensualmente mantiene las comunicaciones entre Puerto Limón y San Juan del Norte, la puerta atlántica de la tierra prometida: Nicaragua.

El tiempo de espera fue empleado en completar nuestras colecciones y como yo deseaba ardientemente tener entre otras curiosidades, un buitre real —“Rey de los Zopilotes”— compré por poco dinero, una mula vieja con el espinazo quebrado, la llevé a un sitio despejado y allí la maté. A una distancia de 50 varas del lugar donde yacía la mula muerta, en un pequeño bosquecito, arreglé un lugar adecuado para esperar que los buitres se sirvieran del festín. Pasaron dos días antes que el cadáver despidiese un olor suficientemente fuerte para atraer a los esperados huéspedes. Temprano por la mañana del tercer día, estaba ya en mi puesto, mientras una veintena de buitres de las dos especies comunes —la de cabeza roja y la de cabeza gris— arrancaban apuradamente una tira ensangrentada después de otra del hinchado cadáver, saltando después unos cuantos pasos a un lado para engullir en paz su hediondo alimento. Cuando un hambriento gavilán o halcón, comenzó a rondar por encima de ellos, ávido de tomar parte en el festín, los buitres se reunieron en un grupo apretado con los cuellos extendidos para hacerle ver al huésped indeseable con silbantes y fuertes aletazos que todos los lugares estaban ocupados en la mesa del festín.

Ya entretenía yo la idea de abandonar el asqueroso espectáculo cuando oí sobre mi cabeza los poderosos aletazos de un “rey de los zopilotes”, que se posó en la cumbre de un alto mango, al otro lado del lugar descubierto. Fue divertido ver el inmediato espanto que se apoderó del grupo de comen-

sales: con las alas y la cola arrastrando por el suelo y con las cabezas bajas, saltaron todos a un tiempo lejos de la mula y se colocaron en humilde espera, sobre postes y piedras, a una distancia respetuosa del temido señor.

El buitre real era, ciertamente, un imponente animal, del mismo tamaño de un halieto, con el cuello desnudo, la cabeza de color rojo quemado y en la frente una cresta de color rojo subido. El torso, las alas y el pecho eran de color café claro, la espalda y la cola negras. Como estas aves suelen cazar en parejas, esperé a que llegara la hembra de la selva y los tiré a los dos antes de que hubiesen podido gustar una sóla vez del preparado festín.

A mi regreso a la hacienda encontré que me esperaba uno de los huleros que me proveían —por mi cuenta— de ejemplares para mis colecciones, y el que me entregó con gran entusiasmo uno de los animales que yo deseaba y por cuya captura le había ofrecido una recompensa especial: un hormiguero trepador (*Cycloturus didactylus*), (Fig. 53), de la misma especie que ya había encontrado antes en Talamanca.

Por varios días lo mantuve vivo en una caja, casi inmóvil, colgado de un palo en un rincón, con la cabeza entre las patas delanteras. La fina y suave piel estaba cubierta de un pelo largo y sedoso, color café oscuro rojizo, de un tono más claro en las extremidades. De un tamaño un poco más pequeño que nuestras ardillas comunes, dotado de una cola larga prensil de fino pelo. Como no pude decidirlo a alimentarse, a pesar que le ofrecí una rica variedad de hormigas de hasta medio centímetro de tamaño, recién muertas, por fin decidí ultimarle con cloroformo.

Otro de los huleros me vendió una virgen de plata, de tosco trabajo que había sido encontrada en unas ruinas entre los ríos Parasma y Pacuare,

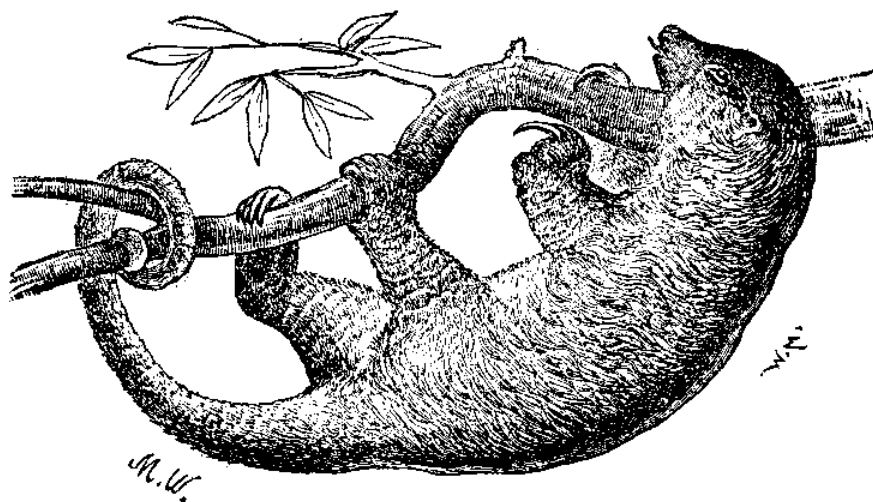


Fig. 53. — Oso hormiguero (*Cycloturus didactylus*).

donde probablemente había existido una efímera colonia de misioneros españoles al fin del siglo XVI o XVII. (Fig. 54).



Fig. 54. — Imagen de la Virgen María.

Cuando me preparaba a poner en alcohol mi ciertamente importante colección de animales, hice un descubrimiento de lo más desagradable. Para no poner demasiado a prueba la sobriedad de los peones de la hacienda, yo había depositado mi tanque de alcohol en manos de la única autoridad del Distrito, el telegrafista de la Estación de Siquirres. Esto había sido para él una tentación demasiado grande, e inmediatamente noté que se había bebido —o quizás hasta vendido— 12 litros, más o menos, del alcohol. En consecuencia debí botar varios costosos ejemplares anatómicos, ya preparados, de aves y reptiles. Fue un contratiempo desagradable e irremediable, ya que no había alcohol en venta sino en San José, y no tenía tiempo de ir allá y el vapor, que era esperado al día siguiente, iba en dirección a Puerto Limón.

Como Herr Schafer, con toda seriedad, asegurase al hombre en cuestión que en el alcohol habían sido preservadas con anterioridad una media docena de víboras sumamente venenosas, cayó aquel de rodillas, confesó su culpa y de puro miedo tuvo alta fiebre durante el curso de la noche, de manera que para colmo de males hube de sacrificar una parte de mi menaguada provisión de quinina en su favor.

A pesar que la región de la hacienda “Caño Seco” se encuentra escasamente a 300 metros sobre el nivel del mar, gozamos allí de un clima agradable, gracias a los vientos constantes que envían sus brisas refrescantes por encima de la llana y baja región de la costa. La temperatura media es ciertamente aquí más alta que en las tierras altas de Costa Rica, donde

sin exageración, puede uno decir que reina una eterna primavera, aunque por las noches la temperatura es más templada que, por ejemplo, en Panamá.

En lo que se refiere a la vegetación y a la fertilidad de la tierra, no dejan nada que desear, y el diligente propietario de la hacienda ha sabido trabajarla de manera que, en pocos años, ha transformado su propiedad en una verdadera hacienda modelo.

Además de caucho, cacao, caña de azúcar, y frutas de diferentes especies, se cultiva aquí incluso el árbol de café de Liberia (*Coffea liberica*) del que se extraen grandes cosechas, aunque no esté completamente seguro que este producto pueda competir en calidad con el renombrado café de las tierras altas.

Un producto que promete dar buenas ganancias es el tabaco, que es aquí de una calidad especial y el que después de seco y sometido a especiales cuidados durante su preparación, ciertamente podría competir con las mejores calidades en el mercado. Los extensos platanales o cultivos de bananos, pueden, por el tamaño y peso de las frutas, competir y medirse favorablemente con las del Istmo. Una cabeza de plátanos (*Musa sapientium*) pesa de 30 a 40 kilos y tiene, más o menos, 40 frutas de diez centímetros de largo. Los plátanos más pequeños (*Musa paradisiaca*) llegan a reproducirse hasta 90 ó 100 frutas por cabeza. Los guineos, (plátanos aun más pequeños) (*Musa africana*) se comen por lo general enteramente maduros y no son tan resistentes al transporte como las otras dos especies.

De Caño Seco, dos veces por mes, varios carros de ferrocarril salen llenos de bananos para Puerto Limón y de allí se exportan a Nueva York y Nueva Orleans. En el trabajo de la hacienda se usan solamente 8 personas, generalmente nicaragüenses o chiricanos [de Chiriquí, Panamá], ya que éstos toleran mejor el clima caliente que los costarricenses de las tierras altas.

Después de algunos días de espera en Puerto Limón, subimos a bordo del imponente barco a vapor, "Medway" de la Royal Mail Steamship Company y abandonamos Costa Rica el 14 de Octubre (1882) antes de la salida del sol. Durante el día se veía la costa surgiendo detrás de una espesa neblina que sólo quiso levantarse ante los ardientes rayos del sol. Estábamos, entonces, precisamente, frente al Cerro de Loma y la zona baja de la costa con las lagunas que forman las desembocaduras de los ríos Reventazón y Parasmínas y más lejos, hacia el Norte, la entrada al Tortuguero, un pueblecito o colonia habitada en su mayoría por huleros. Al Oeste y al Norte del Cerro de Loma se levantan otros cerros de 200 a 500 metros de altura, unidos entre sí por pintorescas colinas. La costa baja continúa hasta el Río San Juan; hallándose por aquí y por allá estrechas entradas a los muchos esteros y lagunas que siguen la costa en la mayor parte de



Fig. 55. — Calle en San Juan del Norte.

su extensión, y las que forman excelentes vías de comunicación para las canoas de los huleros y cazadores de manatíes. Inmediatamente al Sur de San Juan del Norte, se retiran las montañas de la costa hacia el interior y dan lugar al extenso delta formado por los brazos reunidos de los ríos San Juan, San Carlos, Sarapiquí y Colorado, de los cuales el último es, probablemente, una prolongación o unión con el Río Sucio.

Anclamos fuera de una de las bocas al norte del Río San Juan a unos 5 ó 6 kilómetros de tierra. Por encima de los bajos bancos de arena coronados de oleaje blanco, en parte desnudos y en parte cubiertos de mágica vegetación, percibimos la ciudad con sus casas blancas y ventiladas engarzadas en una exuberante verdura de palmeras y de árboles.

Por entre una casi invisible apertura entre dos bancos de arena, avanzó lentamente hacia nosotros un ruidoso barquito. Resultó ser una lancha a motor que pronto nos condujo, con nuestro equipaje a través de la temida barra de arena hasta el espacioso, mas ahora a consecuencia de la arena y lodo que el río continuamente acumula, casi enarenado puerto de San Juan del Norte. (Fig. 55).

La ciudad me hizo buena impresión por sus casas elegantes y limpias con jardines cubiertos de flores con un trasfondo de palmeras y naranjos, y una agradable temperatura que le daba el fresco y juguetón aire del mar. A pesar de que se encuentra muy bajo, —apenas un metro sobre el nivel del mar— y que se encuentra rodeado de los brazos del río y las lagunas, es bastante saludable, gracias al suelo de arena sobre el cual yace, y sobre todo, porque se encuentra abierta a los vientos constantes que acarrear lejos de ella las insalubres emanaciones del agua estancada.

Aunque muy al principio de la época colonial fue fundado un pueblo en este lugar, no fue sino hasta 1796 que tuvo la ciudad los privilegios de puerto, mas no pudo elevarse a importancia alguna hasta que al comienzo de este siglo fue poblado de negociantes ingleses procedentes de Belice y Bluefields. Después de la Declaración de Independencia en 1821, cuando el Gobierno de la República se encontraba enteramente ocupado en continuas luchas intestinas y revoluciones, se desarrolló más y más aquella semi-autonomía del puerto hasta que en 1848 el Gobernador de Jamaica, Sir Charles Grey, ocupó la ciudad y a mano armada forzó al Gobierno de Nicaragua a firmar una renuncia a sus derechos sobre la Costa de los Mosquitos y la boca del Río San Juan. Dos años más tarde, sin embargo, abandonó Inglaterra, —después del Tratado Clayton-Bulwer— la boca del río y sus alrededores a Nicaragua, pero con la condición de que San Juan del Norte sería puerto libre, abierto a los barcos de todas las naciones, lo que fue después confirmado por un Tratado internacional en 1860.

Desgraciadamente, esta condición llegó demasiado tarde para el puerto de San Juan del Norte, porque todavía hacia 1840 había agua tan honda en la barra y en la laguna que una fragata grande podía fondear el ancla dentro del puerto, mas después, año tras año, los residuos del río se han ido depositando en él. La causa no es difícil de comprender: antes, la mayor parte de la enorme masa de agua del río San Juan iba a través del puerto y laguna hacia el mar, y no tenía entonces dificultad en vencer las corrientes de la playa que golpeaban su desembocadura y le permitía echar al mar todo el lastre que acarreaba en su curso. Mas, ora por la fuerza misma del río, ora por la falta de inteligencia de los hombres, una de las bocas accesorias del río San Juan, el brazo del Colorado, se ha ensanchado más y más y una masa de agua cada vez más grande ha ido ahora por ese camino. El resultado ha sido que el brazo del río que pasa por el puerto es cada vez más débil, no llega a alcanzar el mar sino que acumula la arena y el lodo dentro del puerto y contra su entrada. Mientras el mar por el lado de afuera y el río por el lado de adentro, se ayudan mutuamente a crear una muralla de arena —la barra— lo que finalmente terminará por cerrar el puerto a toda clase de embarcaciones que no sean botes.

Sin embargo, hay esperanzas de que el puerto recobre su profundidad previa y su fácil entrada, si tan sólo el proyectado Canal de Nicaragua se realizara. Con esclusas, el río sería dirigido más directamente hacia

San Juan del Norte, con una velocidad mayor en su corriente, y también de la misma manera el desagüe del Colorado sería cerrado. En ambos casos el río tendría fuerza propia suficiente para limpiar el puerto y abrir la salida por la barra.

Y quizás pronto una nueva era comience para la pequeña ciudad, puesto que según las últimas informaciones permiten juzgar que el interés en los Estados Unidos está muy vivo por la construcción de un canal interoceánico a través de Nicaragua.

Ya han sido hechas investigaciones precisas y detalladas proposiciones de costos han sido establecidas por el renombrado Ingeniero Aniceto G. Menocal. El costo no sería mayor de 75 millones de dólares, mientras el Canal de Panamá ya ha costado 240 millones y no está terminado ni siquiera a la mitad. El Canal de Nicaragua sería superior al Canal de Panamá porque brindaría buenos puertos a sus dos extremos, pues como dije anteriormente, Colón es un puerto en extremo inseguro y Panamá no tiene protección para navíos grandes, si no es en Taboga. El término Atlántico del Canal de Nicaragua, sí es suficientemente hondo y un excelente puerto; y en el Pacífico, Brito es un puerto, pequeño ciertamente, pero hondo y con una bahía bien protegida.

No quiero que se interprete con esto de manera alguna que yo estime deseable que el Canal de Nicaragua se construya en lugar del de Panamá. A pesar de que yo creo que la Compañía De Lesseps no puede completar la construcción del Canal, ya que va en decadencia puesto que sus negocios han sido afectados en su base misma, creo que una nueva Compañía no puede fracasar si es dirigida de manera más sabia y avisada de los muchos errores de la anterior. Esta reanudaría el trabajo y haría del Canal una realidad para su propio negocio y el del mundo. Pero dos canales no es nada inútil. Sólo los Estados Unidos desean tener uno para sí mismos. Se puede pensar, quizás, que sea un lujo pero es un lujo que harían bien en darse las naciones.

En el Hotel de Mr. Haslam encontramos alojamiento, nada extraordinario a pesar de su gran amplitud. Mas cuando Mr. Ridgway, —comerciante de Nueva York y pasajero conmigo en el “Medway”—, y yo, hicimos un intento para obtener una casa particular —una casa que estaba desocupada— con una vista maravillosa sobre el delta del río, todo verde y plata hasta el mar y hacia el Norte la vista de las montañas de la costa, nuestro intento inútilmente fracasó, y debimos tomar refugio de nuevo en la hospitalidad cara del Hotel. Sólo un día habíamos gozado de nuestra vivienda aireada y clara, por lo tanto fue duro el encerrarnos en las pequeñas alcobas, estrechas, oscuras y sin muebles, de Mr. Haslam.

La impresión de agrado que la ciudad da a primera vista, no se pierde con un conocimiento más íntimo de ella, si uno no critica con pretensio-

nes muy subidas. Casas aireadas, bellos jardines, excepcionalmente ricos en flores fragantes, calles anchas y caminitos angostos entre imponentes palmeras de cocos y árboles de fruta de pan, y una población activa y relativamente limpia, son ventajas que no siempre se presentan al que viaja en las regiones de la América tropical. La plaza es grande y espaciosa, en ella se encuentra la pequeña iglesia, sin pretensiones, con un campanario exterior. El edificio es enteramente de madera y no tiene mucho aspecto de iglesia, sin duda desde que perdió su pequeña torre puntiaguda en un incendio. Los habitantes de la ciudad en un número algo más de 800 consisten en unos 20 comerciantes europeos y norteamericanos, unos 10 comerciantes nicaragüenses y el resto indios miskitos y negros y todas las clases de mezclas entre ellos.

El Gobierno de Nicaragua está representado por un Gobernador, quien para guardar el orden tiene bajo su mando una docena de soldados.

Mi primer empeño fue conseguir información sobre la existencia de manatíes y la posibilidad de llegar a obtener uno que otro ejemplar. Esa posibilidad pareció verdaderamente prometedor y decidí, a pesar de que el período de lluvias comenzaría pronto con toda su fuerza, quedarme aquí por un mes. (Fig. 56).

El tiempo para la caza de manatíes era justamente el más oportuno y los más hábiles cazadores de toda la costa, los Caribes de la Laguna de Caratasca en Honduras, estaban en ese momento representados aquí por la tripulación de un bote.

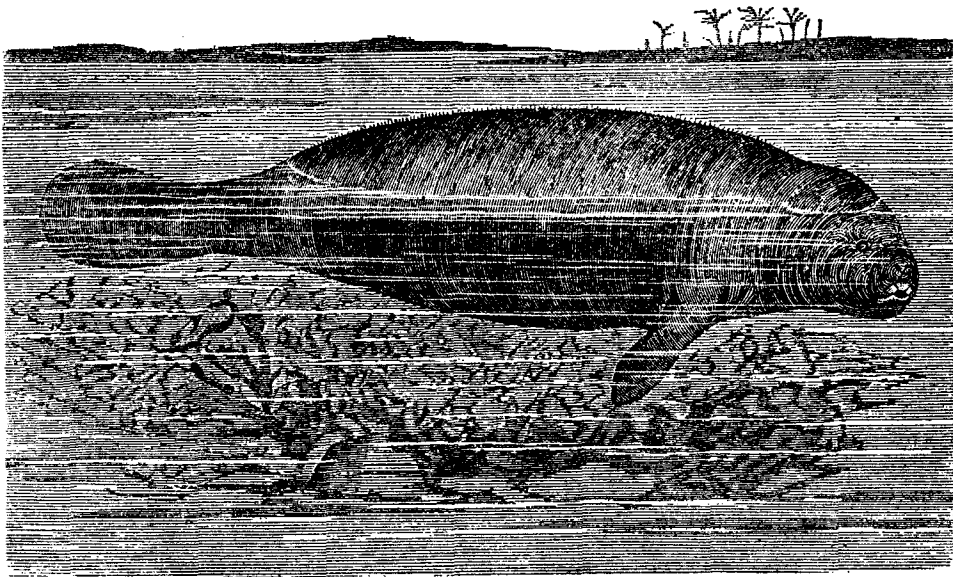


Fig. 56. — **Manatí** (*Manatus australis*).

Los dos hombres más importantes del pequeño grupo, Stanley y Anderson, eran magníficos representantes de esa fornida raza que, tanto como pude juzgar, goza con todo derecho de la reputación de ser la más hábil, la más inteligente y trabajadora de las razas indígenas de toda la costa oriental de la América Central. Estos Caribes de Honduras, la única que aún queda de las numerosas ramas de Caribes que a la llegada de los españoles a las Indias Occidentales poblaban muchas de sus islas, están ligados con los Caribes de San Vicente. En las regiones montañosas de difícil acceso de esta isla, mantuvieron los Caribes su independencia, mucho tiempo después que sus hermanos fueron aniquilados o expulsados de las otras islas. Por fin, después de muchas luchas sangrientas contra los colonos ingleses, fueron vencidos en el año 1796 y los sobrevivientes transportados a la Isla Roatán, en el golfo de Honduras. Crecieron pronto considerablemente en número y emigraron por su propia voluntad a la costa de Honduras, al comienzo de este siglo.

Alrededor de la Laguna de Caratasca, las márgenes del Río Patuca y a lo largo de la costa hasta Trujillo, tienen muchos pueblos y villorrios. Los hombres emigran generalmente por uno o dos años, y aun por menos tiempo, para buscar trabajo y especialmente se han hecho famosos como excelentes cortadores de caoba en Belice y Honduras.

Con sus ganancias ahorradas regresan a sus casas y viven después en sus pueblos de una pequeña pero bien cuidada agricultura y sobretodo de la caza y de la pesca, hasta que el deseo de ver otras tierras les coja de nuevo. Como marinos son incomparables, y por lo general es un bote o "dory" tripulado por caribes el que a la entrada de Cabo Gracias a Dios, Bluefields y San Juan del Norte conduce pasajeros y carga a tierra atravesando el oleaje en los periodos del año en que su acceso es peligroso.

Tan pronto como el tiempo lo permitió, seguí a mis nuevos amigos hasta el brazo del Colorado, uno de los desagües del río San Juan, para poder llegar a tener mi tan ansiada presa. La caza del manatí se hizo de la manera siguiente: Una hora antes del alba remaron los caribes silenciosamente, después de dejarme en tierra, y se dirigieron a un banco de arena bajo y cubierto de hierbas, donde sabían que el animal acostumbraba buscar alimento, arrastrándose algunos metros tierra adentro desde el borde del agua. Stanley se posó erguido en la proa del bote con un arpón de más de dos metros de largo en la mano derecha y la cuerda del arpón sobre el brazo izquierdo. Como todos los otros compañeros estaba completamente desnudo.

La punta de acero del arpón tiene dos decímetros de largo y está dotada de un garfio dirigido hacia atrás y va firmemente implantada en el extremo de una vara de madera bastante pesada, probablemente sacada de alguna palmera.

A unos centenares de metros de distancia del banco de hierbas, se detuvo el bote y allí se mantuvo inmóvil, en el mismo lugar, durante una

media hora, por medio de cuidadosos movimientos de los remos, a pesar de que la corriente era bastante fuerte. De repente alzó Stanley el brazo y lanzó el arpón contra un objeto gris negruzco bajo el agua, objeto parecido a un viejo tronco o el costado de un bote volcado. Toda la tripulación se agachó al fondo del bote, el que a una velocidad de 4 ó 5 nudos comenzó a vagar de uno a otro lado del ancho brazo del río, sin que yo pudiese descubrir qué fuerza lo ponía en movimiento. Después de algunos minutos de recorrido, tomaron los remos de nuevo los caribes y trataron de matar a la presa, pero ésta comenzó otra vez el desordenado jaleo y ellos recogieron nuevamente los remos. Pronto se cansó la bestia, las manchas de sangre surgieron a la superficie del agua, poco a poco se fue recogiendo la cuerda del arpón y después de unas hábiles maniobras para evitar la cola poderosa del animal, con un fuerte golpe de macana sobre la ancha frente, terminó Stanley con la vida del coloso.

Corrientemente se usa el machete para dar el golpe de gracia, pero yo había expresado como condición que la piel del animal se dañara tan poco como fuera posible y que se empleara en su lugar una macana pesada. A menudo, el animal, cuando se siente herido por el arpón se dirige precipitadamente hacia la boca del río, donde el bote se encuentra entonces en peligro de darse vuelta en la resaca de la barra, y es por eso que en tales casos se tira la cuerda fuera de borda, amarrada a un boya u objeto flotante.

Tan pronto como el animal hubo muerto, saltaron todos los Caribes al agua, voltearon el bote de manera que se llenó de agua, empujaron uno de sus bordes debajo del manatí y se colocó a éste dentro del bote. Nandando empujaron el bote y la presa hacia tierra, la amarraron y nos la llevamos de regreso a San Juan del Norte.

Era un macho grande que medía 306 centímetros de largo, siendo en su parte más ancha de 220 centímetros. El manatí pertenece al grupo zoológico de los Sirenios, siendo sus únicos parientes el "Halicone" o "dugón" del este de Asia y del mar de Australia, y el ya desde hace más de cien años exterminado "Rhytina", el cual tenía sus zonas de pastoreo cerca de las playas de la Isla de Behring. Sobre su posición en el grupo zoológico de los Sirenios hay varias interpretaciones que no podrá asegurarse definitivamente antes de que se haya estudiado el desarrollo embriológico del manatí y del "dugón" más cuidadosamente.

La forma del cuerpo es groseramente oblonga, con un cuello visible y una cabeza ancha hacia adelante; hacia atrás disminuye el cuerpo rápidamente hasta la cola que está formada por dos anchas aletas horizontales y redondas. El color de la piel es gris oscuro en todo el cuerpo, mas debajo de la epidermis, sumamente fina y fácilmente arrancable, el color es de un gris claro. Se le encuentran algunos pelos duros, a lo más de tres centímetros de largo, sobre todo el cuerpo, pero son tan raros que la piel, a primera vista, parece estar completamente desprovista de ellos. Los ojos son muy pequeños, siendo su diámetro de un poco más de un centímetro. Los oídos están formados por dos pequeñas aperturas redondas situadas

en la parte frontal de la cabeza encima de la nariz. Esta se puede cerrar por dentro por medio de dos repliegues, gruesos y musculosos, de la piel, y se puede cerrar tan apretadamente que sobre el animal muerto era difícil descubrir la apertura de la nariz. Los labios son gruesos, dotados de bigotes de pelos gruesos como clavos. La boca no tiene dientes ni colmillos, pero está dotada, en cambio, de encías grandemente desarrolladas, fuertes y gruesas. Las extremidades anteriores son visiblemente débiles en relación al gran tamaño del cuerpo, siendo de unos 30 ó 35 centímetros de largo. Los dedos están cubiertos de una membrana gruesa, de manera que las manos o extremidades delanteras, forman una especie de remo, una aleta, pero en los bordes se distingue cada dedo por una uña gruesa bordeada de piel. No tiene extremidades posteriores, pero se encuentran en su esqueleto dos huesos rudimentarios posteriores.

La piel es gruesa y dura, en la línea dorsal tiene un espesor de dos y medio centímetros, siendo más fina bajo el vientre, donde apenas alcanza a 1.3 centímetros de grueso.

La carne es especialmente exquisita y generalmente apetecida. Se come fresca o bien ahumada o secada al sol. Es de un color rojo oscuro, aunque en los animales jóvenes el color es más claro. Recuerda al paladar una carne gorda de cerdo.

El animal es, pues de mucho valor y su caza es muy lucrativa. Es por esta razón que el tiempo no esté muy distante en que el manatí sea totalmente exterminado y quede de él —como de su pariente el *Rhytina*— tan sólo un recuerdo. Por su forma curiosa y sus cualidades notables como manjar, muy pronto atrajo la atención de los europeos en las Indias Occidentales y en las costas del Continente. Exquemelin, de quien he tomado su correcta y espléndida descripción del “Comantín” o manatí, dice: “El “comantín” es el mejor de todos los animales como alimento: tiene un cuerpo en forma de ballena, hasta la cola es aplastada, redonda y diferente de la de otros peces, porque éstos tienen todos la cola en la misma dirección de las costillas y el Comantín la tiene completamente en la misma dirección del dorso y el vientre, es decir, horizontal. La cabeza tiene la misma forma de la de un toro, la trompa no es diferente de la de una vaca, los ojos son como los del cerdo y las mandíbulas como las de un caballo. No tiene dientes delanteros, sino una encía dura como hueso con la cual mastica hierbas. Tiene 32 muelas iguales a los lados de las dos mandíbulas, lo mismo que el caballo. Este animal no ve bien debido a la pequeñez de sus ojos. También tiene todos los órganos necesarios para la audición y se puede decir que es el animal que oye mejor, pues se cree que oye lo mismo aun muy hondo bajo el agua. Hay gente con gran experiencia que afirma que cuando un barco entra a un puerto o bahía donde hay comantines y se disparan cañonazos, huyen todos los animales y pasa mucho tiempo antes de que regresen de nuevo. Los piratas salan la carne de este animal y la ahuman, y lo mismo preservan su grasa con la cual cuecen sus verduras. Las hembras tienen dos mamas que por su situación, tamaño, gordura, aspecto y substancia no se diferencian de las de las

negras. No tienen sino una cría a la vez; después de nacidos los llevan consigo constantemente hasta que aquella puede alimentarse sola, lo que ocurre después de un año”.

Dampier uno de los mejores observadores de su tiempo y de los más acuciosos, dejó una excelente descripción del aspecto del animal y de sus costumbres y del modo cómo se le cazaba hace 200 años, que es en todos sus detalles la misma forma en que se le caza hoy día. Desgraciadamente su exposición es demasiado extensa para poder incluirla aquí, por lo que sólo cito una parte de su descripción: “Además de en el río de Bluefields, he visto manatíes en la Bahía de Campeche, en las costas de las Bocas del Drago y Bocas del Toro, en el río de Darién y entre los Cayos del Sur o pequeñas islas al sur de Cuba. He oído decir que algunos han sido encontrados en la costa norte de Jamaica y en gran número en los ríos de Surinam, tierra que es muy baja. Al manatí le gusta vivir en aguas turbias y por costumbre se mantiene en riachuelos o ríos cerca del mar. Esta es la causa, probablemente, por la que no se le encuentra en el Pacífico, según lo he podido observar, donde las costas son muy altas y las aguas muy hondas aun cerca de la tierra, y donde el oleaje es muy fuerte y las mareas muy altas, con excepción del Golfo de Panamá, mas aun allí no hay manatíes. Por el contrario, en las Indias Occidentales, que se puede decir son un gran golfo, cuajado de varias islas pequeñas, tienen generalmente tierras bajas y aguas turbias y brindan buenos campos de pastoreo, si así puede decirse, a los manatíes. A veces los encontramos en aguas saladas, a veces en aguas dulces, pero jamás lejos del mar. Yo conocí a dos Miskitos que durante una semana, día a día llevaban a bordo dos manatíes de los que el que menos pesaba era 600 libras, y esto en un pequeño bote en el cual tres ingleses apenas se arriesgarían a viajar sin otra carga alguna que sus propias personas. Cuando arponean una hembra que lleva su cría, rara vez pierden a ésta, pues la madre la lleva corrientemente debajo de una aleta. Mas si la cría es tan grande que ya no la puede llevar o si está tan amedrentada que no piensa sino en salvarse a sí misma, la cría la sigue de manera que los Miskitos tienen oportunidad de arponear también a ésta”.

Durante mi estadia en San Juan del Norte tuve la suerte de conseguir hasta seis ejemplares de manatíes, todos los cuales fueron enviados a mi país, las pieles y los esqueletos empacados en sal y los preparados anatómicos conservados en alcohol.

Capítulo XVI

LOS INDIOS DE LA COSTA DE LOS MOSQUITOS

Habiendo estacionado por más de tres meses en San Juan del Norte y en la región vecina, —la mitad de ese tiempo antes de mi viaje hacia el interior de Nicaragua, y la otra mitad después de mi regreso—, estuve en estrecho contacto con las diferentes tribus indígenas que viven a lo largo de la costa y en las riberas de los ríos vecinos.

La Costa de los Mosquitos o el Reino de la Mosquitia, como es su título oficial, tiene una historia muy interesante. A pesar que los españoles sometieron las principales tribus de su territorio, jamás pudieron poner pie firme en la Costa donde los Miskitos vivían, los cuales hasta el fin de la Conquista por los españoles fueron sus enemigos declarados y jamás desperdiciaron ocasión de unirse con los enemigos de España para asaltar y quemar sus colonias. Ya desde la primera aparición de piratas —especialmente ingleses— en aguas de las Indias Occidentales encontramos a los Miskitos como sus fieles secuaces. Los Indios de la Costa de los Mosquitos se componían de diferentes tribus, pero siempre recibieron desde antiguo el nombre de Miskitos y se distinguieron todos por su combatividad y valor personal y sobre todo por su habilidad como pescadores y cazadores. Un buen número de esclavos negros se refugiaron aquí y se mezclaron con una u otra de las tribus, aunque no con todas. Por eso es posible aún hoy día distinguir los indios mosquitos de los sambos mosquitos. Ambos grupos viven separados en diferentes pueblos y por lo general no se casan entre sí. (Fig. 57).

Ya al principio del siglo XVII comenzaron los piratas y comerciantes ingleses a fijarse en la Costa, y el principal pueblo o ciudad, Bluefields, toma su nombre de un famoso capitán de piratas de aquella época que allí vivió por algún tiempo. En ese lugar y en varios de las lagunas a la orilla de la costa, tuvieron los piratas por muchos años, con entera tranquilidad, sus casas y depósitos de tesoros robados. Las ruinas de aquéllas se encuentran en varios sitios. A fines del siglo XVII, en el año de 1670, la Costa de los Mosquitos fue declarada bajo el protectorado inglés, estimándose que el territorio comprendía entre el Cabo de Gracias a Dios y la Laguna de Chiriquí. A fines del siglo XVII cedió Inglaterra sus derechos de protección a España y los colonos ingleses se prepararon para



Fig. 57. — Indio Sambo-Miskito.

emigrar. Los españoles, sin embargo, no pudieron ocupar la región y salieron mal parados en sus intentos, y la Mosquitia fue de nuevo libre. A principios del siglo XIX se reanudó el protectorado inglés, el que no duró sino hasta 1860, cuando la República de Nicaragua proclamó solemnemente su soberanía sobre la región. Bajo aquella se incluía la costa entre el Cabo de Gracias a Dios y la boca del río San Juan.

Los Miskitos han sido juzgados de manera muy diferente por los diversos autores y viajeros que les han mostrado algún interés. Los autores españoles no encuentran expresiones bastante fuertes para caracterizar su estado primitivo y su salvajismo, y los acusan, entre otras cosas de canibalismo. Los autores norteamericanos no tienen, tampoco, una alta opinión de ellos, pero les reconocen uno que otro lado bueno. Los autores ingleses, por el contrario, los celebran por su valor, cortesía e industria.

La poca experiencia de algunas de sus tribus, en particular en relación a los verdaderos mosquitos que yo pude observar, me inclinan a estar de acuerdo con los autores ingleses. Cuanto más tuve la oportunidad de conocer de cerca a las otras tribus de indios, y sobre todo lo que hacen, tanto más me inclinan a favor de su laboriosidad e industria. Bajo un

régimen independiente, su tierra sería seguramente productora de riquezas, porque tienen lo que les falta a la mayoría de las otras tierras tropicales: energía para el trabajo.

Hice un recorrido a caballo a lo largo de la costa hasta la boca del Río Indio. Algunas millas arriba, debería encontrarse un pueblecito habitado de Sumus, que por su número es la más importante de las tribus que viven en el territorio de los Miskitos. Guiado por un hulero que tenía su choza provisional en la boca del río, me puse en camino hacia allá, dejando al caballo y siguiendo a pie el mal llamado camino que se hacía a cada paso más difícil. Después de tres horas de marcha continua camino arriba sobre una cuesta cada vez más empinada, llegamos a una meseta pequeña con algunos plantíos y tres chozas de algún tamaño. Fuimos recibidos por los peones que los labraban penosamente y por un indio viejo con el pecho desnudo todo pintarrajeado de líneas negras y figuras curiosas, el que dispersó a los perros de manera decidida con algunos golpes de machete, aunque nos pareció no muy encantado con nuestra visita.

Su expresión se volvió bastante más acogedora cuando Joe, el hulero, declaró con vehemencia que yo no era español sino "un inglés de Europa", entonces el indio viejo tomó inmediatamente una actitud reservada. Más y más indios de ambos sexos se reunieron entonces a nosotros hasta que encontré un momento oportuno para que sin ninguna clase de buenos modales me dejé caer sobre uno de los troncos que servían de asiento en la choza más grande, y volviéndome hacia una anciana que pensé sería la dueña de la casa, le indiqué por señas que estaba con hambre y con sed.

Inmediatamente hubo movimiento entre las mujeres: una me ofreció bananos maduros; otra me ofreció en una calabaza una bebida de olor fuerte y espeso, cuyo principal ingrediente era el cacao. El ama de casa sacó una tortilla de maíz y la tostó sobre las brasas. Cuando el viejo tomó su machete para cortar zacate para mi caballo, ví que el arma era vieja y en mal estado y entonces me quité el que yo llevaba a la cintura y se lo regalé. Su rostro adusto se iluminó y con visible regocijo me estrechó la mano y me dirigió un largo discurso que tenía, según la traducción de Joe, el objeto de declararme que me consideraba su amigo, de él y de su tribu, y que yo podía vivir entre ellos por todo el el tiempo que yo quisiera.

Después de esto se establecieron muy buenas relaciones entre mis anfitriones y yo. Fue entonces que pude exponerles mi problema que era el de interesar a los indios a que cazaran animales para mí. Por mis huleros había yo sabido que por esos parajes habían ejemplares de jaguar negro, tan solo una variedad de color del jaguar común —*Felis onca*— (ver Fig. 62) pero que es particularmente raro y bello, y el que, naturalmente, yo deseaba agregar a mi colección de mamíferos. Los indios estaban dispuestos a servirme y me prometieron también pedirles a sus parientes, que vivían bastante tierra adentro, que coleccionaran animales por mi cuenta. El resto del día lo pasé en el caserío ocupado en recoger informes sobre las

costumbres y lengua de los Sumus y el vocabulario que recogé aumentó después de mis relaciones fugaces con ellos hasta cerca de 300 palabras.

Algunos de los detalles de su vida y costumbres reproduzco ahora aquí, no sin antes expresar mi agradecimiento al doctor Wien, médico alemán que por algún tiempo vivió en la Costa de los Mosquitos y quien cortésmente me permitió comparar mis anotaciones con las suyas.

Los Sumus viven, por lo general, en pueblecitos de 3 a 6 casas. Su ciudad más importante es Bolahis que ellos describen como muy grande y es considerada como la capital. Se encuentra a medio día de viaje del río Russwass, un afluente del Bluefields. Sus casas son extensas y no tienen, generalmente, paredes; el techo, cuidadosamente cubierto de hojas de palma es sumamente inclinado, al punto que tiene la forma de un bote vuelto hacia abajo. El suelo es de tierra y en el medio se encuentra el hogar hecho de piedras. No usan cuartos para dormir como lo hacen los indios civilizados, aun los de Talamanca, sino que el lugar de dormir de toda la familia es una especie de alto a tres o cuatro metros del suelo. Un tronco de palmera con gradas talladas sirve de escalera, y el humo que sube del hogar mantiene ese dormitorio libre de mosquitos y otros insectos.

Los utensilios de casa son tinajas de barro, fuertes y de buen gusto, aunque sencillas y una variedad de jícaras y huacales de formas diversas. Entre los utensilios encontré algunos de piedra, uno de ellos lo usan para rajar leña, y una punta de flecha de obsidiana muy bien labrada. Era, según el propietario, muy antigua, pero se usan aún ahora más al interior del país.

El color de la piel de los indios es rojo oscuro; son grandes, con formas redondeadas, pero no particularmente musculosos. La expresión de la cara es bonachona, los ojos pequeños, la nariz fuerte, los pómulos bastante salientes y los labios gruesos. El cabello es largo, lacio, negro y les cuelga generalmente sobre la frente hasta los ojos. Las manos y los pies son pequeños. El traje de los hombres es hecho de "Tumú", preparado de la corteza del árbol de caucho. Consiste en una banda larga —similar al "gíparova" de los indios de Talamanca— que en varias vueltas se enrolla en el vientre. Las mujeres también llevan una pieza de Tumú pero en forma de falda corta, amarrado con un mecate de palma de coco sobre las caderas.

El "Tumú" se prepara de la siguiente manera: se corta de la corteza del árbol de caucho una pieza tan larga como sea posible y se deja por algunos días en el agua; enseguida, esos pedazos son tendidos sobre una piedra lisa y martajados con un mazo de madera hasta que sólo queden las fibras formando un tejido suave y elástico. Varias de estas piezas son cosidas con hilos de pita —*Bromelia Pita*— y espinas de palmera y el tejido está listo para usarse.

Los hombres y las mujeres se pintan; las mujeres, por lo general, sólo en la cara, los hombres se pintan además de en la cara en el cuerpo, espal-

das, brazos y muslos. Se dedica mucho tiempo a estas pinturas, que se renueva con todas las fiestas y otros acontecimientos importantes. Los Sumus son muy dedicados a fiestas y en éstas se consumen importantes cantidades de "Muschla", una bebida ácida y rica en alcohol, producida a través del proceso de la fermentación lenta del maíz. El líquido espeso es a la vez alimento y bebida. Una ocasión jamás despreciada para celebrarla con "muschla" es un entierro, en particular, el de uno de los padres de familia en el pueblo. Las ceremonias de entierro son realmente complicadas.

El cadáver se tiende sobre el piso de la choza con la cabeza hacia el Sur y los pies hacia el Norte, después se le pinta la cara y el pecho de la manera más cuidadosa, y se cubre con una pieza de tumú. Los varones de las casas y pueblos vecinos se reúnen portando cada uno bastones cortos de "duspanik", una madera roja y pesada de palmera. Las mujeres se reúnen fuera de la casa y levantan un clamor de lamentos. Un par de hombres suspenden el cadáver, otros le extienden los brazos y las piernas, los que le quiebran a golpes de bastones; también se le quiebra el espinazo. Después se coloca el cadáver en posición sentada sobre un pedazo grande y cuadrado de tumú. La esposa o esposas del muerto se arrancan el cabello y lo colocan sobre el pecho del muerto. Las cuatro puntas del pedazo de tumú se amarran juntas, luego se atraviesa un palo a través del nudo y el cadáver se lleva bajo el constante lamento de las mujeres, a alguna distancia del pueblo. Allí se cava una zanja de $\frac{1}{2}$ a 2 metros de profundidad y el cadáver se coloca en el fondo; después la zanja se rellena de nuevo sin dejar un montículo de tierra encima como es costumbre en otras partes.

Al día siguiente se festeja en el lugar del entierro; se bebe "muschla", mientras haya, a veces durante varios días. Las mujeres no pueden venir al lugar del entierro mismo, sino que se reúnen entre ellas a alguna distancia y beben también "muschla". Alrededor del lugar donde se tiene el festejo, se tiende entre los árboles mecates tejidos de algodón para excluir a los malos espíritus. Después comienza el baile: los hombres bailan entre sí, y las mujeres entre sí, nunca mezclados.

El instrumento de música es el "Tepal", una gran calabaza en la cual se han introducido dos o tres piedras: la boca se cierra con una red de paja o una piel de culebra. Es, pues, una especie de tambor.

Los matrimonios se hacen con menos ceremonias que los entierros, pero a menudo hay largos noviazgos durante los cuales se le asignan hijos a los novios. Estos tienen derecho a decidir por sí mismos —llegados a la edad madura— dónde quieren vivir. Las dos familias les construyen una choza y con esto está el matrimonio concluido. En otros casos, la novia debe ser comprada a la madre, y entonces el hombre decidido a casarse debe pagar trajes y utensilios caseros hasta por valor de algunos dólares. Si la madre ha muerto, el padre recibe el precio de la hija. La poligamia es común. El adulterio se castiga con látigo para los dos culpables, lo mis-

mo que la violación de una mujer soltera. Si la mujer violada es una viuda, el culpable puede escapar la pena del látigo con multas.

Los niños deben, desde temprano, cuidarse a sí mismos y desde los cuatro o seis años les toca suplir a la familia con pescados del río y miel y frutas del bosque. Llamen la atención por su desarrollo precoz, su inteligencia y su habilidad. La caza mayor, la construcción de botes y la plantación de maíz, son tareas de los hombres.

No pude obtener de los Sumus ningún ejemplar del jaguar negro que tanto deseaba, aunque sí otros animales de valor para mi colección. El más importante era una especie muy rara de trepador (*Bradypus castaneiceps*) (Fig. 58) que se cree sea un ejemplo de "mimetismo" pues el pelo grueso toma un color gris verde que hace muy difícil distinguir al animal entre la vegetación circundante. Desgraciadamente este ejemplar estaba bastante maltratado. Otra especie de trepador (*Cholupus Hoffmani*), no tan raro, me lo trajeron vivo y yo lo tuve un par de días en cautiverio. En esos días se mantuvo completamente inmóvil, colgado de las cuatro extremidades de una viga descubierta de mi pieza, moviendo despacio la cabeza con algunos ruidos fuertes. Por la noche se movía del lugar donde pasaba el día y exploraba los manojos de hojas que yo colgaba para que comiera, pero no le agradaban. Finalmente lo maté con cloroformo en una vejiga de buey que le coloqué sobre la cabeza y le amarré al cuello.

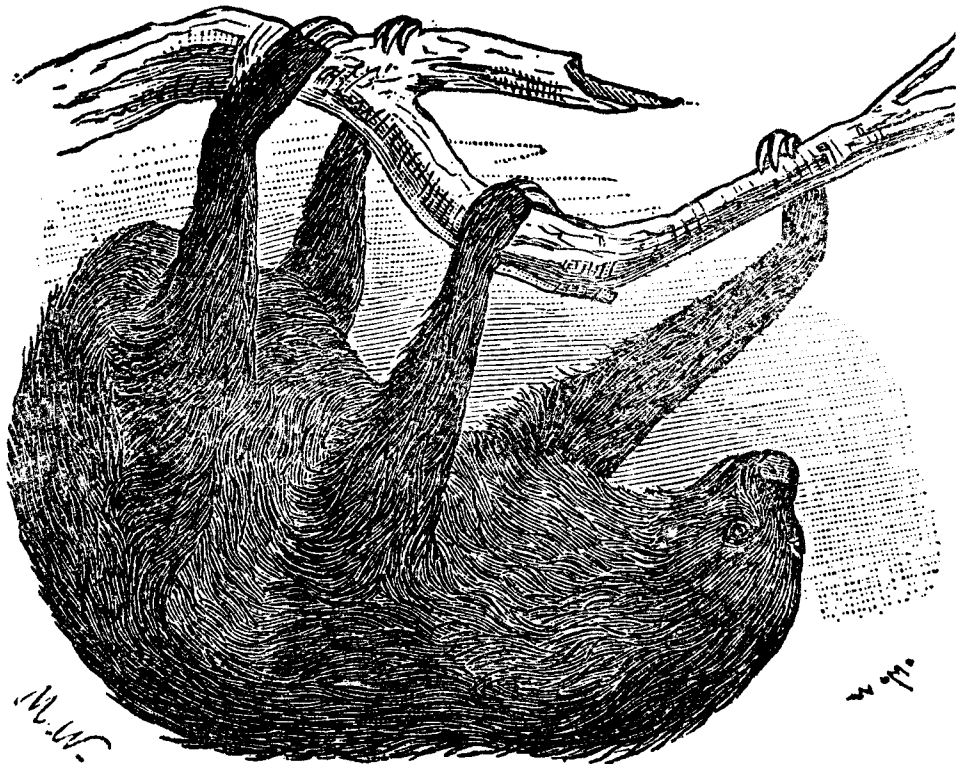


Fig. 58. — Oso trepador (*Bradypus castaneiceps*).

Los verdaderos Miskitos que viven en la Costa superan a los Sumus en muchos aspectos. Además de ser más atractivos, son más corpulentos y dotados de mayor fuerza física, también son más inteligentes, más trabajadores y no tan dados a la bebida, por lo que son de mayor confianza que mis alegres amigos de las montañas.

Las pocas informaciones que aquí doy sobre ellos se refieren a los Mosquitos que viven algo más arriba de la boca de los ríos y no los que viven en los pueblos más grandes o aldeas de la costa, los cuales por su vida en común con los colonos y comerciantes europeos se han vuelto, según ellos mismos lo declaran "true English", verdaderos ingleses.

Los Mosquitos construyen sus casas sobre un montículo de tierra cuya superficie se vuelve dura como el cemento. Las paredes son de cañas de bambú. El techo es también de bambú que luego cubren de hojas de palmera. Un techo semejante se calcula que dura unos diez años por lo menos y es completamente impermeable aún en las más fuertes lluvias. La casa es sólo una gran pieza con lugares para dormir hechos de cañas de bambú en forma de cuatro pilares colocados cerca de las paredes. Algunos usan mosquiteros, la tela para los cuales la compran a los comerciantes de la costa. De esos mismos comerciantes se proveen de los utensilios de cocina y demás enseres de la casa.

La vestimenta es la misma que la de los Sumos, aunque los hombres acostumbran a veces usar un traje más civilizado que consiste en camisa y pantalones de algodón. Las mujeres hilan en una rueca sencilla, algodón, pita y paja de palmas y hacen un tejido de algodón grueso, tapices y bolsas.

Tienen plantaciones de bananos, casava (*latropha manihot*), caña de azúcar, cacao, papaya (*Carica papayo*), algodón (*Gossypium*) y batatas. Estos plantíos son cuidados sobre todo por las mujeres, aunque los hombres hacen todo el trabajo de siembra, cuidan de los caballos y del ganado y se ocupan además de la caza y de la pesca. Son, como he dicho anteriormente, excelentes marineros. Sus embarcaciones son el "pitpan" un bote ancho y sin quilla usado para acarreo por ríos y lagunas, y el "dory" (en mosquito: duerka tacra) un bote estrecho de proa aguda con el que navegan en los más peligrosos oleajes del mar, cazan tortugas y acarrear mercaderías a los lugares más apartados de la costa. Además usan balsas, hechas generalmente de bambú, para sacar de los ríos el caucho y sus animales de asta.

Cuando se muere un jefe se le enterra en su "pitpan" que sirve de ataúd. Todos sus bienes, con excepción del dinero y sus reses, lo siguen a la tumba. Se dice que a veces sucede que su mujer, o si tenía varias, se ahorcan y se entierran con él.

El matrimonio se hace de la misma manera sencilla que entre los Sumus. Por la ruptura del matrimonio el hombre culpable paga un buey de multa, si la mujer es la culpable recibe el castigo del látigo.

Los Mosquitos saben preparar bebidas alcohólicas, tanto de caña de azúcar como de papaya, casava y bananos.

Pude hacer una importante colección de palabras —cerca de 1,200— de las cuales los nombres de animales y plantas tienen mucho interés. Los Mosquitos tienen una capacidad bastante notable para diferenciar unas especies de otras y les ponen nombres diferentes a cada una de ellas.

Los Sambo-Miskitos viven más al Norte, cerca de Cabo Gracias a Dios. Se originan de una mezcla de esclavos negros, cimarrones, con Sumos y otras razas que viven tierra adentro, y aunque en menor grado, con Mosquitos puros. Son corpulentos y de constitución fuerte, de color negro oscuro, con facciones de negros bien marcadas y manos y pies grandes. Son hábiles y resistentes trabajadores —cuando trabajan— pero por lo general son holgazanes y de poca confianza en comparación con los Mosquitos.

Una tribu, antes importante y poderosa, es la Rama, que se encuentra representada por unas pocas familias en un pequeño poblado en la boca del río. Viven sobre todo de la pesca en condiciones muy miserables. En su aspecto exterior se parecen a los Sumos, pero tienen un idioma enteramente diferente, del cual hice un vocabulario de algo más de 300 palabras. La mayor parte de la tribu ya reducida a sólo unas cincuenta familias, emigró hace cerca de 50 años, bajo el mando de su jefe Hannibal, a la pequeña isla Ramacay en la laguna de Bluefields. Han formado una comunidad próspera y han sido convertidos al Cristianismo gracias a los esfuerzos incansables de misioneros metodistas.

Tierra adentro viven varias otras tribus a lo largo de las riberas del río Bluefields, el río Grande y el río Coco, de ellas y de sus costumbres y hábitos no se sabe casi nada.

El número de habitantes en la Mosquitia es difícil de estimar y depende mucho de la extensión hacia tierra adentro que uno estime tiene la región. Sin embargo, las cifras aproximadas siguientes son bastante correctas, al menos en lo que se refiere a las proporciones entre las diferentes tribus: Sumos 10,000 —Mosquitos 4,500 —Sambo-Mosquitos 3,000 —Toacas, que viven alrededor del Río Coco y sus afluentes, 1,500 —Poyas, que viven al Sur de los Toacas hasta el río Bluefields, 1,500 —Wookras, Panamahás juntos, 1,000 —Caribes, 500 y —Ramas, 300.

Toda la población de la región sería pues, calculada correctamente, en algo más de 20,000 con tal que la región se tome en su mayor extensión.

A pesar de que la costa de los Mosquitos se encuentra durante una gran parte del año bajo constante lluvia, como toda la costa oriental de la América Central, goza, sin embargo, de un clima bastante saludable. Una buena prueba de ello es el aspecto sano y fuerte, tanto de blancos como de gente de color, que viven en la costa. La fiebre amarilla es aquí desconocida y aunque las fiebres son frecuentes, especialmente durante el período de lluvias, no son de naturaleza malignas. La principal razón de esta buena condición es sin duda alguna los vientos constantes.

Capítulo XVII

EL DELTA DEL RIO SAN JUAN

El período de lluvias reinaba ahora con violencia en San Juan del Norte y hacía difíciles las excursiones por tierra. Aun por mar se podían hacer sólo cortos viajes, porque no se puede tolerar estar todo remojado por tres o cuatro horas sin arriesgar una fiebre. Sin embargo, yo me mantenía constantemente ocupado porque a diario venían a verme con mamíferos, pájaros o culebras, uno o varios de los muchos huleros que a consecuencia de las lluvias se encontraban confinados en la ciudad. Y apenas pasaba día sin que alguno de mis numerosos amigos indios no viniese con iguales objetos.

El aire húmedo penetraba naturalmente a mi cuarto de trabajo y me hacía imposible la tarea de disecar pájaros y pieles de animales. Debí, por lo tanto, construir un horno para secarlos que me resultó a la vez barato y sencillo. Consistía en una caja de madera interiormente revestida de zinc. La coloqué sobre una mesa cuyas patas estaban metidas en tarros llenos de agua con carbolina para impedir que las hormigas —tan molestas— visitaran mis tesoros. Dentro de la caja hice tres compartimientos de zinc y en la parte inferior colocaba una o varias lámparas de kerosine. Un termómetro colgado en la parte superior del horno me permitía controlar la temperatura que todo el día mantenía alrededor de 50 grados centígrados. De esta manera se conseguía un secamiento igual y nada violento que produjo resultados particularmente favorables. Sin un aparato de esa naturaleza habría sido imposible conservar en buen estado un sólo pájaro durante el período de las lluvias.

A menudo se detenía la lluvia por una o dos horas al mediodía, pero dos veces duró siete días consecutivos y una vez nueve días sin interrupción. El agua caía a verdaderos torrentes y convertía la plaza y calles en mares y ríos. Los niños se bañaban todos los días en el mismo jardín del Hotel y yo vi patos nadando en la plaza frente a nuestra vivienda.

A veces hube de salir varias horas bajo la lluvia. Era cuando después de un violento temporal tenía que investigar lo que el mar había arrojado sobre la costa, o cuando mis Caribes venían con un nuevo manatí. Me

vestía entonces tan poco como era posible y envidiaba a los Caribes quienes venían completamente desnudos a ofrecer sus presas.

Bajo el techo de mi cuarto largamente proyectado hacia adelante, habitaba una araña, grande y hermosa, que había extendido su tela de casi dos metros de largo y de más de un metro de ancho, la que era una buena protección contra la lluvia. Cada día se atrapaban allí un buen número de insectos y cada día veía yo una pareja de colibríes, color esmeralda, durante un par de horas vibrando ante mi ventana. Como yo no podía creer que esto era en honor mío, comencé a observarlos de más cerca y descubrí que estaban allí para cuando algún insecto que les agradaba, —particularmente pequeños dípteros— caían en la telaraña y ellos se los chupaban con el pico y la lengua con gran sorpresa de la araña que por miedo a los picos acerados de los indeseables huéspedes, no se atrevía a moverse de su rincón. Esta curiosa forma de cacería la estuve observando durante una semana, después que terminaron las lluvias los dos pequeños cazadores desaparecieron, probablemente hacia nuevos territorios de caza que la lluvia les había cerrado.

Por fin el barómetro comenzó a subir, el sol aparecía más largamente a mediodía y ya podíamos esperar días más bellos. Estos debían aprovecharse para excursiones y en el práctico “dory” de los Caribes, navegamos a remo y a vela por aquí y por allá a través de los canales y lagunas, enredados y tortuosos, que formaban el delta complicado del Río San Juan.

En Harbor Head, uno de los desaguaderos del río más al noroeste de San Juan del Norte, el río se ensancha hasta formar una ancha laguna, adornada de muchos pequeños islotes, algunos bancos de arena cubiertos de hierbas, y otros cubiertos de una vegetación de árboles tan rica que era casi imposible penetrar en ellos. Aquí se ofrecía la mejor oportunidad para la caza de pájaros de mar y de tierra, así como en las dunas de arenas ondulantes sólo cubiertas de zacate y en los matorrales en la boca misma del río. Aquí tuve la suerte de tirar un par de patos de aguja (*Plotus anhinga*), un pájaro nadador característico de la América tropical. Con sumo cuidado y ojo certero cambiaba de posición a medida que el bote se aproximaba. Yo lo engañé escondiéndome en un pequeño islote y pacientemente esperé un par de horas hasta que los Caribes, maniobrando el bote con habilidad, consiguieron llevarlo cerca de mi escondite. Este pato tiene un vistoso traje de plumas: cabeza, cuello, dorso y vientre son verde oscuro con reflejos metálicos; las alas negras con rayas grises; la cola es verdinegra, larga y redondeada hacia atrás, con dos plumas medianas de la cola enrizadas, como si hubiesen sido sometidas al encrespador de un peluquero.

Otro pájaro digno de atención fue también mi presa: era el gran “tarnan” (*Rhyncops nigra*) con el pico en forma de tijeras. Este tiene un aspecto sumamente curioso, pues la mitad superior del pico es bastante más larga que la inferior, la que es alta y levantada por los lados con la punta divi-

dida en dos. Es seguramente un instrumento poderoso para quebrar almejas u otros animales parecidos.

Después nos dirigimos en dirección Sur hacia una hacienda sobre un brazo del río que lleva el nombre de río Toro para tratar de saber si algún "Tilpa", el nombre que los Mosquitos le dan al tapir, había aparecido por allí. Los Caribes afirmaban de manera segura que allí era un buen sitio para esos animales. Yo estaba particularmente interesado en conseguir un ejemplar, en parte porque era de gran valor para los museos de nuestra patria, donde no había esa especie, en parte porque era de interés saber cuál de las dos especies de tapires de la América Central (*Tapirus Bairdi* y *Tapirus Dowi*) estaba representada aquí.

En el camino nos detuvimos cerca, o más bien, en un pequeño rancho de la playa. La casa misma se encontraba, ahora que el río, a causa de las lluvias, había subido más de dos metros, rodeada de agua hasta la mitad llegando el agua hasta el piso. Nos arrimamos, pues, al quicio mismo de la puerta y entramos directamente a la pieza, donde nos convidaron a tomar un "tiste", una bebida que se prepara con agua fría, maíz tostado y molido, cacao en polvo con algo de azúcar. Es una bebida de fácil preparación, refrescante y nutritiva. Los habitantes de la choza, que eran mestizos y que se declararon ellos mismos pertenecer a la tribu de los indios Melchora, vivían por entonces en condiciones angustiosas, pues la mayor parte de su plantío de bananos se encontraba debajo del agua y muchas de las matas ya habían sido arrancadas por el río o destruidas por troncos de árboles arrastrados por la corriente. Lo que pudieron salvar de las frutas lo habían recolectado en un bote.

No se encontraban muchas riquezas en la casa, pero unas jícaras muy finamente labradas me llamaron la atención y les compré la más bella, una que tenía además una forma enteramente poco común. (Fig. 59).

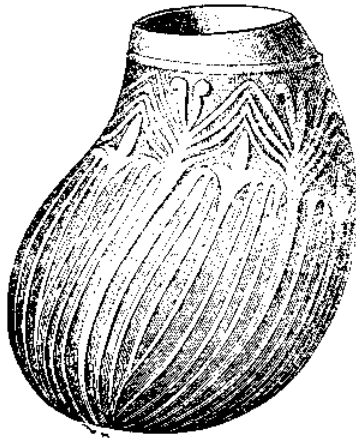


Fig. 59. — Jícara labrada.

Conseguí también unos látigos preparados de algas trenzadas. Después de un violento temporal se encuentra esta especie de algas sobre las dunas de arena, se trenzan cuando aún están suaves; la parte más gruesa de la raíz se le da vuelta y se amarra con una cuerda de paja y se cuelga para que se seque. Después de algunos días está listo y es un excelente látigo con resistencia y elasticidad, que compite con el que se hace de la piel del manatí.

Después de un almuerzo de bananos y huevos, dejamos el rancho y llegamos algunas horas más tarde al término de nuestro viaje. Allí nos dijeron que habían visto un tapir el día anterior a poca distancia del lugar, y que se suponía que allí tenía su guarida. Decidí quedarme en la hacienda por esa noche para temprano de la mañana, ayudado de perros que entretanto conseguiría, probar mi suerte.

En la noche fui con un indito como guía hasta una entrada del río, donde me dijeron que tanto venados como "warees" (*Dicotyles labiatus*) (Fig. 60) —cerdos salvajes— solían venir a aguararse inmediatamente después de la caída del sol. Allí me estuve dos horas sin poder tirar otro animal que un congo o mono ululador y un par de tucanes (*Rhamphastos tocard*), pero entretanto me picaron de tal manera los zancudos que toda la cara se me hinchó y apenas podía abrir los ojos suficientemente para poder regresar a la hacienda.

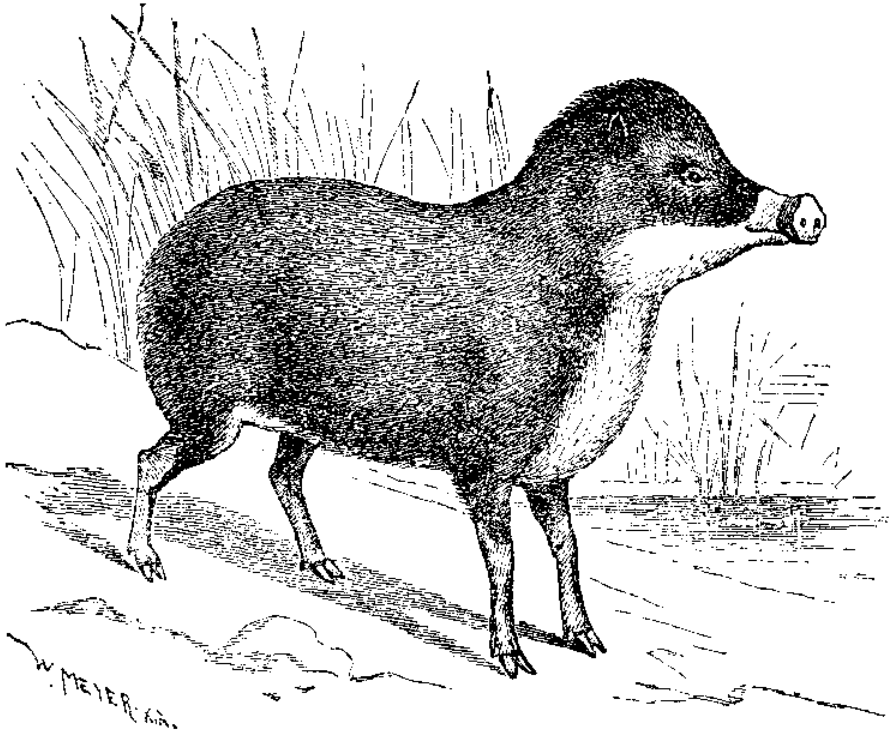


Fig. 60. — **Warre** (*Dicotyles labiatus*).

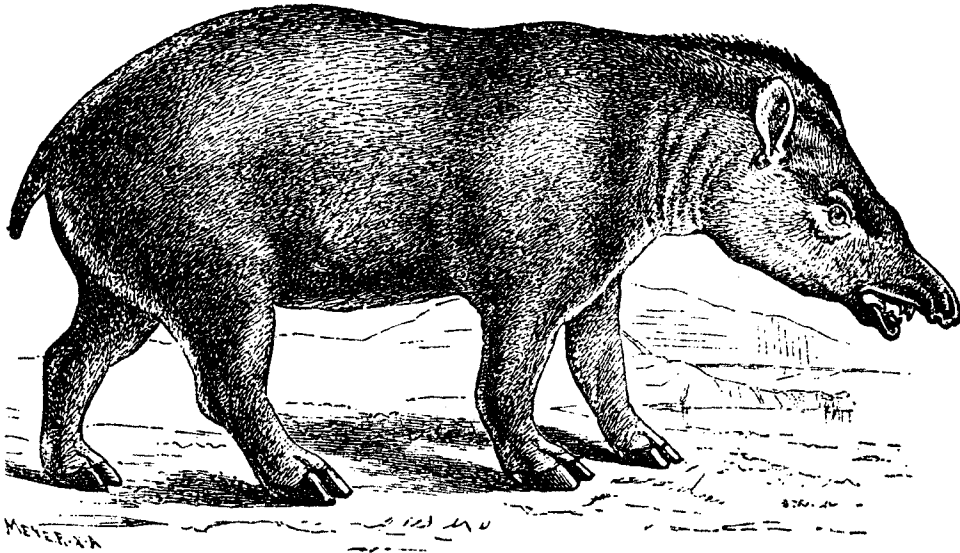


Fig. 61. — El tapir (*Tapirus Dowi*).

A la mañana siguiente, mucho antes de la salida del sol, estábamos en la selva, siguiendo una vereda estrecha y zigzagueante que casi tan a menudo pasaba por agua como por tierra. Toda la tierra es aquí naturalmente obra del río, y es tan movediza y suelta que el río crecido en cada período de lluvias se crea nuevas avenidas, una por aquí, otra por allá e invade toda la tierra del delta, de manera que cada depresión en el suelo se vuelve una laguna o un charco.

De guía me servía un mulato de espaldas anchas, quien sin ninguna pretensión me dijo que él era el más hábil cazador del río San Juan, pero que despreciaba la caza del tapir o cerdo salvaje, pues esa era una buena ocupación para esos negros caribes. El me ofrecía su habilidad sólo para puma, jaguar o manigordo (*Felis pardalis*). Mis esperanzas descansaban menos en Napier —que así se llamaba el mulato— que en dos perros flacos con aspecto de chacales, que amarrados a una cuerda nos seguían apaciblemente. Cuando llegamos al lugar donde el tapir había sido visto, se soltó a los perros, los que comenzaron furiosamente a explorar la hierba alta que crecía entre las matas de un extenso platanar que había sido invadido por la selva donde nos encontrábamos entonces. Ya entretenía yo la idea de seguir al mulato y a los perros río abajo, cuando uno de los caribes me tocó el brazo con mucho cuidado y murmuró por lo bajo: “tilpa” —el tapir! (Fig. 61). Detrás de mí, a una distancia de 200 metros vi un animal negruzco y abultado, trepando la playa de una pequeña laguna que había recientemente vadeado. A pesar de la distancia le hice dos disparos en su dirección. Se paró en seco inmediatamente, plantó con fuerza la pata levantada, volvió la cabeza hacia nosotros, venteó con su trompa corta y gruesa, después se puso en camino hacia la selva espesa a una velocidad que ciertamente no se podría creer que pudiese desarrollar un animal de forma tan tosca. Uno de los hombres fue enviado a buscar a

los perros y los demás nos lanzamos hacia la laguna. Nos tomó largo rato el vadearla, porque el fondo era de hierba alta y espesa y el agua nos llegó en un par de lugares hasta el pecho. Cuando llegamos al bosque tuvimos muy poca dificultad en seguir las huellas del tapir porque su camino estaba marcado por una trocha de un metro de ancho de pasto aplastado y lo único que necesitábamos era agacharnos para seguir el camino trazado. Palmeras y arbustos pequeños estaban quebrados o pisoteados y fuertes lianas estaban destrozadas como si fueran pedazos de telas. En tres lugares encontramos huellas de sangre, pero no eran muy grandes y la velocidad en la que el tapir escapó, nos indicaba que el animal no había sido herido gravemente.

Después que seguimos este pequeño túnel a través del bosque nos encontramos a la orilla del río y vimos en la otra ribera del bastante estrecho pero profundo brazo del río, las señales de la llegada del tapir. Teníamos el bote a varios kilómetros de distancia y no podíamos, por lo tanto, pasar al otro lado. No convenía tampoco seguirlo, como los Caribes me indicaban, sin perros y sin bote, porque el tapir atravesaría brazo tras brazo de río hasta que en el interior de la espesa selva se encontrara alguna laguna u hondonada donde poder descansar en paz. Regresamos, pues, sin tapir, mas la recompensa a nuestros esfuerzos vino algunos días después cuando uno de ellos, que había sido tirado algo más lejos, río arriba, me fue enviado y yo pude entonces convencerme que era un tapir de Dow (*Tapirus Dowi*) y pude preparar la piel y partes del esqueleto.

Hice otro viaje en bote río arriba del Juanillo, antes un afluente del San Juan, ahora su brazo más al Norte. Inmediatamente cerca del Juanillo se encuentran varias lagunas, unas reunidas con él mismo a través de estrechas embocaduras, otras aisladas. Alrededor de las playas de estas lagunas, reina la más rica fauna de pájaros, y dentro de ellas mismas otra no menos rica de pescados y cocodrilos. En la laguna de Ibo colocamos una red inmediatamente antes de su pequeño desagüe con la esperanza de coger algunas tortugas de la especie *Emys sp.*, de la cual ya había obtenido unos ejemplares procedentes de esa laguna. Después tiré en los bosquecitos, alrededor de las playas, numerosos pajaritos, y entre ellos varios ejemplares de "Caciques" (*Rhamphocoelus passerini*) que con sobrada razón se le puede considerar el adorno de estos parajes. Es el pariente más cercano del "Sangre de Toro" y es difícil decidir cuál de ellos es el más bello. Este otro es de color negro oscuro y como terciopelo, con excepción de la parte inferior del dorso que es ligeramente rojo anaranjado con un brillo más intenso que la seda.

Cuando fuimos a levantar la red, la encontramos muy pesada y las fuertes sacudidas nos hacían esperar que contenía uno o varios pescados grandes. Cuando la habíamos arrastrado más cerca de tierra, fuimos completamente sorprendidos al encontrar allí un cocodrilo de más de tres metros de largo. Después que hubimos pasado un mecate con nudo corredizo por el cogote del animal y otro por una de las patas, tiramos de los mecates y uno de los caribes lo mató de un machetazo directamente en el corazón.

Los cocodrilos de aquí (*Crocodylus acutus*), tanto como pude averiguar, son de la misma especie que encontré en Panamá y en el Golfo de Nicoya. Son cobardes y relativamente poco peligrosos para el hombre. El único caso enteramente comprobado en todo el delta del río San Juan, de que un cocodrilo haya atacado a una persona, tuvo lugar en la laguna Shepherds, detrás de la ciudad de San Juan del Norte, donde una mujer ocupada en lavar ropa fue mordida por un cocodrilo grande. A sus gritos acudieron algunos jóvenes a la playa, tiraron piedras y palos al animal y uno de ellos se metió al agua y tomó a la mujer por el brazo, con lo cual el cocodrilo se vio forzado a abandonar su presa y la mujer salió atemorizada y con una pierna mal herida, pero con vida.

El otro caso en Nicaragua, sucedió en el Lago de Managua, donde un chico de 7 años que se bañaba en el lago en las afueras de la ciudad, fue cogido por un cocodrilo: sólo su cadáver destrozado se pudo encontrar. Mas el viajero oye con frecuencia una gran cantidad de historias fantásticas de ataques mortales de los cocodrilos. Una investigación más cuidadosa demuestra que tales historias son puras fábulas. Una prueba de lo poco peligrosos que son los cocodrilos es el hecho que a lo largo de las playas de los dos grandes lagos de Nicaragua, las mujeres están hasta la cintura en el agua cuando lavan, lo que no sería ciertamente aconsejable si los cocodrilos tuviesen la costumbre de atenerse a la carne humana para su alimentación. Mi propia experiencia en esta materia, después de haber tirado entre 20 y 30 animales y herido muchos más, me da también derecho a no hacerme grandes ilusiones de su valor. No sucedió jamás que un cocodrilo herido se haya vuelto contra mí, o siquiera tratara de morder a Nerón, mi perro, a pesar de que éste los seguía a menudo muy lejos dentro del agua. Los cocodrilos y los tiburones fueron los únicos animales contra los cuales yo empleé cartuchos explosivos.

De regreso remamos duro en un bote pesadamente cargado de caucho, tripulado por seis huleros, todos negros. Una repartición liberal de tabaco, del que habían carecido durante más de un mes, los puso en ánimo de darme informaciones sobre los parajes en los cuales habían estado por tres meses recogiendo hule.

Tan pronto como desembarcamos, invité a todos los negros a mi casa, y mientras bebían ron y agua y fumaban habanos de San Juan, conseguí de ellos una gran cantidad de interesantes informes sobre la fauna y los indios de la parte más al sur de Chontales, donde habían estado trabajando últimamente. Estos huleros llevan una vida llena de durezas y peligros, pero también su ganancia es colosal, si es que pueden sacar sus cargas de hule en buenas condiciones fuera de los pantanos o ríos hasta alguno de los numerosos compradores.

El caucho es, por ahora, uno de los artículos de exportación que dan mayores utilidades, no sólo en Nicaragua sino también en sus repúblicas hermanas, pero desgraciadamente esta fuente de utilidades de estos pequeños estados quedará pronto agotada, a consecuencia de la manera necia y bár-

bara como se lleva a cabo la recolección del caucho. Los gobiernos respectivos no han hecho lo mínimo para regular y defender esta importante materia prima de exportación, y deberían ciertamente tomar medidas de defensa antes de que sea demasiado tarde y los ricos bosques de caucho sean destruidos sin remedio.

La recolección del caucho se hace ahora de la siguiente manera: Un comerciante o hacendado equipa una cuadrilla, más o menos grande, de huleros, con las cosas más necesarias para una estadía de algunos meses en la selva. Tales cosas son, armas de fuego, pólvora y plomo, machetes, algunos utensilios de cocina, víveres, cobijas, etc., etc. Todo esto se les da al crédito a "precio para los huleros", es decir, a un 70 ó 100% más caro que para los clientes corrientes. Con esto se compromete a los huleros a vender al que los habilita todo el caucho que pudieran recoger a un precio de plaza. Esta promesa es naturalmente de palabra, porque casi ningún hulero sabe escribir su nombre.

Con frecuencia rompen los huleros este contrato y vender su hule a otro comerciante. Este negocio es, pues, muy arriesgado para los habilitadores, pero da tales utilidades que una sola especulación feliz compensa seis desgraciadas. El comprador hace primero y sobre todo una importante ganancia con las mercaderías. Un buen número de los comerciantes pesan, el caucho, sin empacho alguno, con pesas más livianas y las mercaderías con pesas más pesadas que las legítimas. Sin embargo, hay comerciantes que en esto último observan una conducta verdaderamente honorable.

La cuadrilla de huleros, raramente compuesta de menos de 3, —generalmente de 5 a 8 hombres—, se van en un bote, raras veces a pie, río arriba de algún río o riachuelo hasta encontrar un paraje rico en árboles de caucho. Allí construyen una choza, cubierta de hojas de palmera, suficientemente grande para albergar a toda la cuadrilla. Se hace un hogar en el suelo, a la manera de los indios, algunas piedras achatadas y tres palos cruzados de los que cuelga el caldero. Con esto está listo el campamento.

En el árbol de hule se hacen ahora cortaduras en forma de V con los vértices dirigidos hacia abajo. Estas cortaduras tienen 3 ó 4 cms. de ancho, a un metro de distancia la una de la otra y hechas profundamente en la corteza.

Para poder hacer las incisiones superiores, se emplean escaleras que el árbol mismo, por lo general, ofrece en la forma de largos bejucos colgantes. En el ángulo de la incisión se coloca una hoja de bijagua. Al pie del árbol se cava un hoyo redondo de 15 a 20 cms. de profundidad con un fondo plano. La savia corre del árbol en un par de horas. Un árbol grande y sano da de 30 a 40 litros de savia, esto es, más o menos, 50 libras inglesas de peso. Cuando el hoyo se ha llenado se pone un "cuajo" consistente en una planta corriente del bosque llamada "Apocynum" la que produce la coagulación de la savia. También se le pone alumbre. La masa redonda se llama ahora "tortilla". Naturalmente en ella se ha mezclado tierra y

otras cosas y esta mezcla involuntaria es, a veces, provocada por los huleros mismos para aumentar el peso de la "tortilla".

En las incisiones, una parte de la savia que ha brotado por último, cuelga en forma de largos hilos. Estos se enrollan en atados a los que se llaman "burruchas". Tienen menor valor de venta que las "tortillas", pero son más secas y de consistencia más elástica.

Cuando todos los árboles cercanos al campamento han sido explotados, se busca un nuevo lugar y así continúan haciendo hasta que la cuadrilla ha recogido una cantidad bastante grande que pueda acarrear en el bote o en alguna otra embarcación. Una expedición tal puede durar de uno a tres meses. Cada uno de los participantes puede, a pesar de las pérdidas en el momento de la venta, ganar hasta mil dólares y aún más.

El árbol cosechado muere casi siempre y por eso se reduce, cada año, la cosecha de hule. Si la recolección se hiciese de manera razonable, no debería imponerse al árbol una tan pesada explotación y más bien debería aprovecharse el mismo para varios años de rendimiento. Además, deberían plantarse nuevos árboles, con la mayor facilidad, pues crecen rápidamente, de manera que esas nuevas plantaciones podrían, aún en pequeña escala, devolver la inversión.

Durante su permanencia en la selva, no desdennan los huleros pequeñas actividades adicionales, tales como, el lavado de oro, el robo y venta de indios —particularmente niños—, el asalto de viajeros ocasionales para apoderarse de una buena escopeta o de una bolsa bien llena de dinero. Muchos cuentos atroces sobre sus fechorías circulan aquí y en Costa Rica, y si sólo una décima parte de ellos fuese verdad, los huleros tienen una larga lista de pecados. Esto es particularmente cierto para los huleros negros de las regiones orientales de Nicaragua y Costa Rica. Los indios y mestizos del Oeste de Nicaragua tienen, por el contrario, una reputación mucho mejor.

Cuando los huleros reciben dinero por su hule, empiezan inmediatamente una vida desordenada, y son señores y dueños en la pequeña ciudad o pueblo donde el negocio se ha concluido, pero señores por sólo una semana, porque el dinero no les dura más, cualquiera que sea la importancia de su ganancia. Alternan bailes y festines con desordenados juegos de azar, alquilan una orquesta, si la encuentran, y usando todo el lujo que se puede imaginar —sombros de copa y guantes, anillos y cadenas de oro, zapatos de charol y paraguas de seda— van por las calles, música adelante y forman el más loco cortejo imaginable.

Pero como he dicho, el dinero se acaba pronto. En el mejor de los casos, algunos de ellos conservan su traje elegante, los más no lo tienen y deben comenzar de nuevo a crédito una nueva expedición para recoger hule, generalmente con el mismo comerciante, quien de nuevo hace un brillante negocio vendiendo su mercadería sin valor.

Un día vino a verme un indio que vivía al borde de la ciudad y me contó que un "tigre" había estado las dos últimas noches cerca de su casa y que cada noche había atacado y se había llevado un cerdo. Venía a rogarme que matase al atrevido ladrón. Le prometí hacer lo mejor que pudiera, y armado de mi buena escopeta y de mi gran revólver durante cuatro noches seguidas traté, en vano, de ver al jaguar. Y, sin embargo, él llegó allí todas las noches y se llevó un cerdo del vecindario cada noche. El animal evitaba siempre el lado donde Nerón —mi perro— y yo nos apostábamos. Sólo cuando ya había cogido su presa y se encontraba de regreso, podía Nerón encontrar la huella que regularmente se perdía en los pantanos al sur de la ciudad.

Un ensayo que hice de seguir sus huellas a través de esos pantanos, sin tierra firme donde pisar, casi me costó la vida y en un estado lamentable volví esa noche a casa, cubierto de lodo hasta el cuello. Nerón, igualmente, se había vuelto negro totalmente, de amarillo que era su color.

La quinta noche por fin pude ver a mi invisible adversario. Ya había atacado en el mismo lugar, a un cerdo y había logrado llegar, salvo e ileso, a los terrenos vacíos en las afueras de la ciudad con su presa en las fauces, cuando Nerón, que le seguía las huellas, divisó a la fiera y con fuertes ladridos se lanzó tras ella con gran coraje. Yo me apresuré tras él y justamente cuando el jaguar estaba a punto de desvanecerse en la laguna que bordeaba el pequeño bosque, tiré y el jaguar contestó con un rugido de rabia. Cuando llegué al lugar, encontré a Nerón que inspeccionaba el cerdo ya muerto que el jaguar en su huida había dejado en aquel sitio. Seguimos el rastro un poco más lejos, pero iba, como de costumbre, hacia el pantano y escarmentado por mi desgracia anterior, desistimos de seguirlo más. Me llevé el cerdo muerto a la ciudad donde comprobé que pesaba 92 libras. El jaguar había llevado un pesada carga durante más de un kilómetro de precipitada fuga. Mi intención era la de envenenar el cadáver del cerdo y usarlo como cebo, puesto que era sumamente probable que el jaguar volviera a buscar su gorda presa. Así sucedió, y a la mañana siguiente era el impetuoso goloso de carne de cerdo un ejemplar más por disecar. (Fig. 62).

Durante mi estadia en San Juan del Norte, mis colecciones habían tomado grandes proporciones. Me encontraba en posición de enviar de este puerto a Suecia una rica colección, tanto de mamíferos, pájaros, reptiles y pescados, como ricas informaciones etnográficas.

Las lluvias comenzaron a serme cada vez más insoportables y comencé a ansiar sol y cielo azul, a pesar de la amistosa recepción que en varias partes se me daba en la pequeña ciudad: en la adorable familia de Mister Scott, de la que casi a diario era yo huésped; de los señores Brown y May; del doctor Dennis; de don Federico García, redactor de *El Comercio*; y en otras casas más.

Cuando Mr. Ridgway compartió conmigo mi deseo de ver el río San Juan y visitar la Nicaragua occidental y verdadera, decidimos a fines de Noviembre, tomar pasaje río arriba en el vapor "Irma" hasta el pueblecito de San Carlos. Allí, otro vapor, nos conduciría por el Gran Lago hasta Granada, la ciudad más antigua de Nicaragua fundada por los españoles.

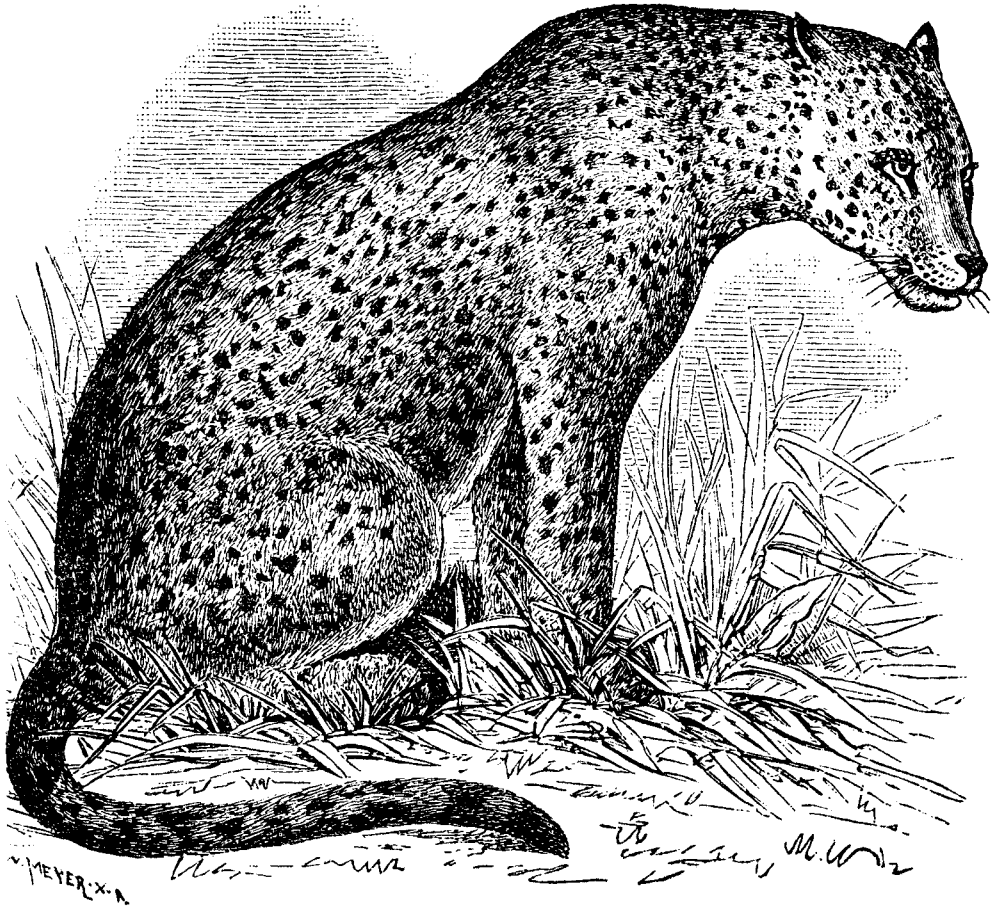


Fig. 62. — El jaguar (*Felis onca* var. *Hernandezii*).

Capítulo XVIII

EL RIO SAN JUAN

Un grupo de amigos, compuesto por Mister Ridgway, Mister May, Mister Salter —cuñado de Mr. Scott— y yo, nos instalamos por la tarde, a bordo en las cabinas, llamadas de primera clase, del “Irma”. En ningún barco sueco de pasajeros —eso puedo yo asegurarlo— se encuentran camarotes tan pobremente amueblados para el uso aun de la tripulación, como en esta “primera clase” que ahora nos costaba 25 dólares por persona en un viaje de 2 y medio a 3 días. Pero ya que nuestras exigencias no eran grandes nos instalamos confortablemente y decidimos que el viaje —pasase lo que pasase— sería considerado como una gira de placer. Temprano de la mañana del día siguiente dejamos San Juan del Norte. El Irma viró en redondo con la corriente y se dirigió despacio, pero a toda máquina, río arriba del “Caño de las Animas”, uno de los muchos brazos del río San Juan. Del alto puente del vapor teníamos una bella vista de despedida de la pequeña ciudad, porque como para enseñarnos lo que perdíamos, brilló entonces el sol, dibujándose claramente las pequeñas, blancas e invitadoras casas contra el fondo frondoso y de un verde profundo.

El “Irma”, el anticuado vapor correo, que sería nuestra casa durante dos días, era una armazón de hierro achatada en el fondo en forma de barcaza, de 25 metros de largo y 7 de ancho. Con carga, tenía ahora un tirante de agua de un metro y medio, pero la borda se encontraba apenas a 20 centímetros sobre el agua. Era impulsado por una gran rueda, llamada stern-wheel, de 6 metros de ancho y de 4 metros de diámetro. Tres metros encima de la borda se encontraba el puente superior, descansando sobre gruesos pilares de hierro. Entre los dos puentes se cargaba la mercadería más pesada y en el superior tenían los pasajeros su sitio particular, protegidos del sol y de la lluvia por un toldo.

En medio del puente superior se encontraba una recámara en forma de caja, con estrechos camarotes para los pasajeros de primera clase; los de segunda podían acomodarse sobre el puente, como pudieran. Entre los pilares del toldo colgamos nuestras hamacas y así podíamos, sin gran esfuerzo, admirar el maravilloso panorama que las riberas del río, en perspectivas sucesivas, nos ofrecían.

Como consecuencia de la lluvia incesante el río habíase crecido mucho sobre su lecho: platanares y "potreros" yacían inundados por largos trechos, y la límpida superficie de agua se extendía tan lejos como el ojo podía alcanzar, entre los troncos de los bosques espesos, que casi sin interrupción cubrían las riberas. Aquí y allá se veía un rancho solitario, construido sobre pilotes de 2 a 3 metros de alto; estos demostraban ahora cuán necesarios eran, porque el río subía ahora casi hasta sus dinteles. El bote era el único medio de comunicación posible de sus habitantes. Una cantidad de islotes más o menos grandes o más bien altos bancos, cubiertos de altas hierbas encontraba el ojo por doquiera y mostraban de manera exacta dónde el curso del río se encuentra impedido y dónde se encuentra continuamente forzado a buscar nuevas vías. Uno de los peores enemigos de las bocas del río, es la hierba alta que cubre estos bancos. Crece muy rápidamente y forma en poco tiempo un dique que divide al río en pequeñas corrientes, a menudo tan estrechas y angostas que sólo permiten la pasada a botes o pequeñas lanchas. La corriente era tan fuerte que apenas a tres nudos de velocidad avanzaba el vaporcito. La vegetación de las riberas era rica por todas partes pero se componía sólo de árboles bajos y de vegetación de pantano de anchas hojas. Después de 5 horas de viaje pasamos la embocadura del Colorado, a 30 kilómetros de San Juan del Norte, y esta embocadura mostraba clara y exactamente por qué el puerto de San Juan del Norte carece ahora de agua, puesto que 25/26 avos de la masa de agua del río busca aquí su propia salida al mar. Según medidas, hechas por la comisión americana de investigación de 1873, era la masa de agua que pasaba en Mayo al comienzo del Brazo del Colorado, 16,190 pies cúbicos por segundo y en un punto del río San Juan abajo del Brazo del Colorado, sólo 607 pies por segundo.

Hace apenas 50 años era esta embocadura enteramente sin importancia y sólo una pequeña cantidad de agua tomaba ese camino, pero la naturaleza suelta de las riberas permitió al río crearse vías cada vez más anchas y la falta de comprensión de los hombres ayudó al trabajo de destrucción. Porque me contó un hacendado fincado aquí desde hace muchos años, que en medio del brazo del Colorado ahora de más de 400 metros de ancho, se encontraba antes un largo islote, ricamente dotado de majestuosas palmeras y otros árboles grandes. Un nuevo colono se asentó allí y para hacer lugar para pasto de sus animales, y sitio para sus cultivos de bananos, despejó una gran parte del bosque. Cuando el suelo no era sostenido por la fuerza de amarre, que ofrecían las raíces de los árboles, fue el islote una fácil presa del poderoso río, que año tras año se fue llevando pedazos más y más grandes del islote de manera que ahora sólo el pedazo más al oeste aún se encuentra allí, bajo la forma de un banco de arena, apenas encima de la superficie del agua. Arriba de la embocadura del Colorado es el río majestuoso por su anchura, y las riberas se lanzan más en más, aunque están cubiertas de bosques hasta el borde del agua. Los bancos de hierbas son más y más raros y los pantanos desaparecen de los bordes del río y son substituidos por elegantes y airosas palmeras y macizos y vigorosos cedros.

En la tarde pasamos despacio delante de la desembocadura de uno de los más importantes afluentes del río San Juan, el río Sarapiquí, a 51 kilómetros de San Juan del Norte. En su reunión con el río San Juan es un ancho y poderoso río, apenas más angosto que el río principal. Sus riberas están cortadas a pico y revestidas de una frondosa selva. El Sarapiquí, que en todo su largo se extiende más o menos 80 kilómetros viene de las tierras altas de Costa Rica: sus fuentes salen de los volcanes Poas y Barba. Más o menos 30 kilómetros desde su embocadura es navegable al menos para naves de 2 metros de calado. Después está cerrado por una catarata o salto de agua. La vegetación en el San Juan se volvió ahora copiosa y las palmeras son más y más numerosas. La ribera Sur está cortada a pico, la Norte aún más baja. Si por aquí y por allá se podían ver colinas y alturas, no alcanzaban éstas hasta el borde del agua, sino que dejaban una faja de 1 ó 2 kilómetros de ancho entre ellas y el agua. Ahí también el río había penetrado y cortado meras vías, de esta manera formando grandes y fértiles islas.

Ninguna de estas islas o riberas del río estaban, sin embargo, habitadas y con la rica vegetación que la naturaleza había creado, daba el espectáculo una impresión maravillosa, por la ausencia de toda traza de civilización humana. En el río San Francisco, un riachuelo que venía del Norte, bajamos a tierra para llevar nuestra provisión de combustible. Yo traté de hacerme un camino adentro de la selva, pero pronto debí volver, porque era casi impenetrable y además tan pantanoso, que era difícil poner pie firme para con alguna fuerza alzar el machete contra las lianas enemigas. El "Irma" se detuvo aquí por la noche en el lugar en que desembarcamos, porque se estimó que no era posible continuar el viaje de noche, a pesar que disfrutábamos del claro de luna más maravilloso.

Con la salida del sol subimos de nuevo al vapor y no nos cansamos de admirar el majestuoso paisaje a nuestro alrededor. Heliconias de blancos tallos comenzaron ahora a aparecer en más número y resaltaban vistosas entre la vegetación frondosa, verde oscuro. Especies de ficus con gruesas, brillantes hojas, pasiflóreas con grandes flores blancas y rojas, y otras lianas ricas en flores, de un amarillo subido, frondosos bromeliáceas y orquídeas con colores desde el púrpura, de terciopelo, hasta el más delicado color de amarillo cera, daban una decoración tan brillante y fuerte a las verdes paredes, que hacen pálida toda descripción.

El espectáculo estaba animado de vivos pájaros que cambiaban de minuto a minuto. Allí se sentaba sobre la más alta, desnuda, seca rama de un cedro casi caído, mi "Pato de aguja" (*Plotus anhinga*). Imagen de la vigilancia, con el cuello largo extendido, la cabeza y las alas levantadas, en cada instante presto al vuelo: el traje de plumas verde oscuro brillando como esmalte al sol. Numerosas bandadas de patos volaban, como nos fuésemos acercando y se posaban de nuevo a algunos centenares de metros de nosotros, para levantarse de nuevo como nos acercáramos a su nuevo lugar de escape. De esta manera podía una y la misma bandada, durante una hora, continuar mostrándonos el camino. Gavilanes, halcones, y ha-

lietos se encontraban en somnolienta vigilia en las más altas copas de los árboles, más y más adormilados y menos tímidos, a medida que el sol salía en el cielo, se instalaba sólo uno que otro martin-pescador verde esmeralda (*Ceryle superciliosa*). Y menos numerosas bandadas de brillantes, azul negro Sanates (*Quiscalus macrurus*). Pasamos la desembocadura, del pequeño río Trinidad, en el lado Sur; es el desagadero de la Laguna de Ganatí, un pequeño lago en territorio de Costa Rica. Pronto llegamos a la embocadura del otro gran afluente del Río San Juan, el río San Carlos, a 88 kilómetros de San Juan del Norte: como el Sarapiquí; viene de la meseta de Costa Rica. Su longitud total es algo mayor que el del Sarapiquí —90 a 100 kilómetros. Uno de sus afluentes, el Río Santa Clara, sale del Volcán Poas, los otros de los parajes montañosos, entre el Poas y los Cerros de los Guatusos. Al mismo tiempo, que estos dos grandes ríos vacían en el San Juan una gran cantidad de agua, lanzan en el mismo una tan grande cantidad de arena, lodo y otros residuos, que es necesario considerarlos como una de las principales causas de destrucción de la navegabilidad del río y del cierre de sus viejas bocas. El río San Carlos es navegable para pequeñas embarcaciones 30 a 40 kilómetros arriba, hasta un lugar llamado “El Muelle” donde se encuentra instalada la aduana costarricense. Hasta San José va de ahí un bastante buen camino para bestias.

A la embocadura del Río San Carlos se encuentra una isla de arena muy grande y de 20 a 30 metros de alto, antes sin duda un cabo de tierra, en el lado oeste de la embocadura recortada por el trabajo unido de los dos ríos. En esta isla paramos una hora para tomar las provisiones para la cocina. La isla estaba a la vez habitada y cultivada. Aquí tiene el San Juan una anchura de más de 300 metros. Del río San Carlos hasta los primeros “raudales”, toma el San Juan otro carácter; las riberas norte, que antes eran igualmente bajas, se vuelven ahora más cortadas a pico y montañosas; la ribera sur está aun, tan lejos como alcanza el ojo, cubierta de masas montañosas imponentes.

Nos acercamos ahora donde el San Juan se abre camino a través de la Cordillera para llegar al mar. La corriente es aquí bastante más débil que la corriente abajo de la embocadura del Río San Carlos: esta parte del río por eso ha recibido el nombre de “agua muerta”. No habríamos hecho muchos kilómetros de nuestro lugar de aprovisionamiento, cuando vimos la chimenea de un vapor que sobresalía por encima del agua: algunos días antes se había dado vuelta contra unas escarpadas rocas a la orilla del río y se había hundido. A pesar que el tráfico de vapores por el río San Juan no tiene en realidad muchos años de establecido, tanto el río como el Lago de Nicaragua, son excepcionalmente ricos en restos de naufragios. Apenas habíamos pasado el desgraciado lugar, cuando encontramos otro vaporcito, el “Coburgo”, un remolcador de menor tamaño, que durante más de un año había servido sólo el tráfico de pasajeros por el Lago de Nicaragua, llevando a veces más de 100 pasajeros, de los cuales apenas 30 podían sentarse durante un viaje de 20 a 30 horas. A bordo se encontraba ahora el Director de esta compañía, que tiene el monopolio del tráfico entre San Juan del Norte y Granada, la ciudad principal en

el Lago de Nicaragua. De él tuvimos la desalentadora noticia que el "Irma" no nos podía llevar hasta el Fuerte San Carlos, estación territorial en el desaguadero del lago en el río, sino que debería dejarnos en El Castillo, la aduana nicaragüense, y volverse río abajo para buscar nueva carga. Así, una estadía de varios días nos esperaba y la perspectiva de pasar algunos días en el pequeño pueblo de San Carlos no era muy alentadora.

Continuamos, sin embargo, nuestro viaje río arriba y llegamos pronto al pie de la primera caída de agua: "los raudales de Machuca". Este nombre les ha sido dado en memoria del primer español que navegó todo el río San Juan y por lo tanto, puede decirse, lo descubrió. En la embocadura de un río pequeño del mismo nombre, viniendo del norte, nos detuvimos algunas horas, para renovar la provisión de leña y alcanzar la mayor presión de vapor posible para poder pasar los raudales.

Por fin nos alejamos de la orilla y el "Irma" hizo el esfuerzo difícil de subir los raudales: toda la tripulación, 10 hombres, se colocaron en la proa, armados de largas palancas. Tan pronto como el vapor amenazaba dar vuelta, se le sostenía con estas palancas —la hondura no era más de 2.5 metros— y se le impedía de esta manera ponerse de través en los raudales y ser llevado por la corriente. En medio de los raudales hay un pequeño paredón "La Diamantina" y allí mismo estaba el casco sarroso de un vapor desgraciado, un "memento mori" para los traficantes del río.

Por eso celebraron nuestros planqueros un ruidoso triunfo, cuando después de un trabajo de media hora pudimos pasar los raudales: Alabándose, declararon que sólo marineros eximios como ellos podían llevar un vapor arriba de "una cascada tan dificultosa". De Machuca tuvimos una corriente moderadamente suave durante 7 kilómetros de camino hasta la próxima caída "Las Balas". Hasta aquí la ribera sur del río es territorio costarricense, pero aquí se retira la frontera a algunos kilómetros tierra adentro, de manera que el resto del río corre enteramente en territorio nicaragüense.

Pasamos "Las Balas" felizmente y lo mismo la tercera serie de los raudales de Machuca: "El Mico". El río se desliza, apaciblemente ahora en una distancia de 9 kilómetros, con un ancho medio de 250 metros, entre riberas pintorescas y cortadas. Después se ensancha repentinamente en El Castillo hasta formar una laguna pequeña en forma redonda, que domina una vieja fortaleza en ruinas, colocada sobre la cima redonda de un cerro de 50 a 60 metros de alto. Al pie del cerro, en la estrecha playa entre aquel y el río, se encuentra en una larga y estrecha banda, la hilera de chozas y casas de madera que toma el nombre de "Villa del Castillo". La distancia de San Juan del Norte hasta El Castillo es de 130 kilómetros. A las 5 de la mañana amarró el vapor al muelle de madera delante del edificio más importante o aduana. Estaba resguardado por seis soldados, cada uno con alguna pieza de uniforme: pero todas las piezas juntas no podían hacer "un" uniforme completo. Todas las alturas alrededor del

Castillo, estaban desarboladas y cubiertas de un zacate abundante y frondoso. Aquí y allá se veía un rancho requemado por el sol, y en la sombra de alguna piedra solitaria o matorral yacían algunas vacas flacas y terneros. En las cercanías inmediatas del poblado habían algunos platanales y plantaciones de maíz. La ciudad misma se componía de dos hileras de casas y entre ellas la calle real, o más bien dicho la única calle. En el medio de ésta hay unos rieles, de gran importancia para el tráfico por el río. Porque al fin del período de sequía, cuando la altura del agua es demasiado baja para permitir a vapores pasar la cascada del Castillo, situada directamente ante la ciudad, es necesario que la carga se acarree alrededor de la caída de agua, para de allí ser reembarcada. La mayor parte de las casas de la ciudad son casuchas más o menos grandes, cubiertas de hojas de palmas. Hay sin embargo unas pocas casas de madera con techos de tejas y corredores ventilados.

Casi en casa de por medio, por poco importante que sea, hay un negocio y en cada negocio, sin excepción, hay ron y "aguardiente". La clientela más importante de estos negocios y de las no pocas casas de juego son los huleros. El Castillo es ciertamente uno de los lugares más importantes para el negocio del hule, pues hay buen acceso a árboles de caucho, tanto arriba de los pequeños ríos que, bajando de la tierra alta costarricense, aparecen en los parajes cerca de El Castillo, como también en la ribera norte del San Juan en las regiones montañosas de Chontales.

Puesto que en ese momento un gran número de huleros se encontraban en la ciudad, yo me apresuré a establecer relaciones con ellos, para obtener sus contribuciones a mis colecciones durante mi estadía forzada en el lugar. Con una cuadrilla de cinco hombres, monté seis horas de camino por la montaña hasta su campamento en el Río Pocosol. Este viaje me procuró, además de algunas culebras, lagartijas e iguanas, arañas e insectos, la piel de un Puma majestuoso, el león americano, tirado unos días antes, y un bello ejemplar de "warree", el más grande de las dos especies de cerdos salvajes (*Dicotyles labriatus* y *D. tajacu*), que se encuentran en América Central. Este ejemplar de puerco es considerado como un animal especialmente bello; uno estaría tentado aún a llamarlo gracioso, de una ligereza tal que se nota en todos sus movimientos, a pesar del cuerpo pesado y la cabeza grande.

El "warree" que fue mi presa, se defendió largo rato contra tres perros acometedores y bravos, hasta que un hulero con una lanza, lo botó al suelo. Era imposible tirar, sin arriesgar herir alguno de los perros, tan rápidas vueltas daba el animal, haciendo frente a sus ávidos agresores.

La otra especie —"Sajino"—, vive solo o en manada y es más salvaje que el "warree", que en general se muestra en rebaños de 30 a 80 individuos y es un animal valiente y peleador. El rebaño ataca sin vacilar lo mismo al puma que al jaguar. Un hulero me contó, que él había escapado ileso con dificultad, del ataque de un rebaño de "warrees". Una mañana en que estaba ocupado en recojer caucho, había notado la pasada

de una manada de "warrees". Y había tirado uno de ellos, para llevar al campamento un buen asado para la cena: inmediatamente se volvió todo el grupo, como obedeciendo a una orden de mando, contra él. Apenas tuvo tiempo de tomar la escopeta y subirse a un árbol, antes que los "warrees" lo rodearan dando furiosos gruñidos y resoplidos. Rabiosos patearon todos los utensilios de cocina, y tuvo que perder en la aventura, cobijas, alforjas, caucho y otras cosas más. A pesar que usó todos sus tiros de escopeta y mató a ocho más de los animales del rebaño, no huyeron los cerdos y ocuparon el campamento todo el resto del día. Solo un buen rato después del atardecer se alejaron los animales del lugar, y cansado y hambriento nuestro hombre, tuvo la poca envidiable tarea de regresar al campamento de sus compañeros, distante algunos kilómetros, sin un solo tiro en su escopeta, en una noche oscura y buscando el camino a través de la selva.

En don Agustín González, inspector del servicio de Aduana en El Castillo y en su asistente, don Felipe Alfaro, encontramos pronto amigos llenos de buena voluntad, quienes hicieron cuanto les fue posible para hacer nuestra estadía en el lugar de lo más agradable, y tanto de ellos, como de sus encantadoras familias, guardamos muy gratos recuerdos.

Al Jefe del Resguardo y al Comandante de la llamada fortaleza, hicimos una visita de cortesía e inmediatamente obtuvimos el permiso de visitar esta última. Precedidos de un soldado nos esforzamos en subir el cerro quemado de sol y cruzamos el viejo foso de agua —ahora cubierto de matorrales y hierbas— por un puente levadizo, estrecho y en mal estado. El puente está completamente lleno de tierra y arena y matorrales, de manera que toda la guarnición junta, uniendo sus fuerzas, no lo podría levantar. Los muros exteriores, hechos de gruesos bloques de piedra estaban bastante derruidos y cubiertos de una rica vegetación decorada de flores particularmente bellas. El interior del Castillo se encontraba en una condición aun más ruinoso. Techo había tan sólo en una de las torres y el corredor de acceso estaba defendido por un bahareque provisional de palmas y zacate. Allí vivía toda la guarnición de 15 a 20 hombres.

Un viejo sargento nos condujo para mostrarnos lo que valía la pena ver, pero no había casi nada que ver, con excepción de la vista desde la torre, la que era tan sumamente bella y extensa, sobre la selva y el río que se deslizaba con la espumosa caída del Castillo, que valía la pena el esfuerzo de subir hasta allí. El sargento me explicó que la fortaleza estaba defendida por seis cañones. A pesar de una cuidadosa búsqueda no pude yo descubrir más de tres: uno, en un oscuro rincón sobre una arena sarrosa con sólo una rueda y ésta en mal estado; los otros dos con más de la mitad enterrados en la arena que cubría la muralla. Si habían otros tres, sin duda alguna estaban bien cubiertos bajo la arena o los matorrales.

Una fortaleza tan poco de temer ahora, tiene, sin embargo, sus bellos recuerdos. En el año de 1769 una escuadra inglesa subió el río, puso sitio a la fortaleza e intentó algunos asaltos. El Comandante yacía

enfermo o herido y la guarnición, intimidado, pensaba capitular, cuando una niña, la hija del Comandante, tomó el mando y con su valor y entusiasmo encendió el decaído valor de los soldados. Ella misma dirigió los cañones, ella misma recibió al enemigo que atacaba con el sable en la mano. Dos ataques fueron rechazados de esta manera: en el último cayó el jefe de los ingleses, sus tropas se retiraron y la fortaleza fue salvada.

El otro acontecimiento más conocido, ligado con la historia del Castillo, es su toma por Nelson en 1780. Nelson era entonces Teniente y para el ataque estaba al mando de una flotilla de botes. Como no podía tomar por asalto la fortaleza por el lado del río y tampoco podía bombardearla de allí, ordenó a sus marineros llevar algunos cañones cubiertos con las velas de las embarcaciones hasta un sitio a través del bosque, alrededor de la fortaleza y los colocó sobre un cerro descubierto al sur de la misma. Allí colocó su batería, y como la altura que había escogido dominaba la fortaleza, la forzó a capitular después de un par de horas de fuego. Los ingleses ocuparon la fortaleza durante un par de años, pero la abandonaron finalmente debido a las fiebres que sufrieron.

Más tarde fue nuevamente tomada y en gran parte arrasada por la expedición inglesa enviada de Jamaica por Sir Charles Grey, de quien ya hablé anteriormente.

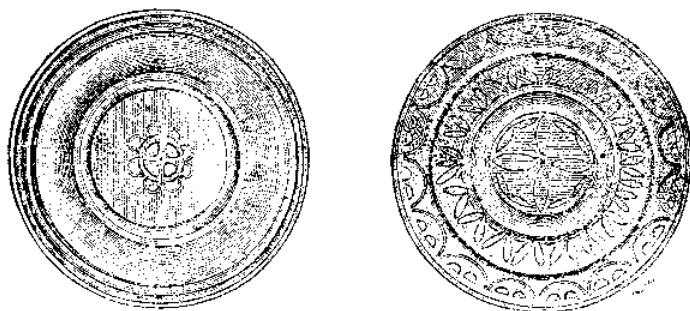


Fig. 63. — Bateas.

La única industria que se encuentra representada en El Castillo, además de la preparación de algunas billeteras sencillas de hule, era la manufactura de platones de madera de cedro —bateas—, jícaras y huacales bastante bien elaborados. Me conseguí varios “conejos” —banquillos— que sirven para colocar las jícaras de fondo redondeado. Las jícaras se conservan generalmente derechas en unas bateas con hoyos, o bien, colgando del llamado “corazón de las jícaras”, una tabla de cedro o de caoba con varitas cortadas de madera de palmera. (Figuras 63, 64, 65 y 66).

El instrumento que se usa para labrar es un simple cortapluma, o algunas veces un machetillo, con el que pueden los indios de Masaya y de Belén hacer verdaderas obras de arte.



Fig. 64. — Jicara con su banco.

Cuando el "Irma", después de tres días de trabajo de descargue, hubo de regresar río abajo al cuarto día, resolvimos todos que lo mejor era tomarlo de regreso en lugar de esperar el próximo vapor durante un número incierto de días en El Castillo.

La última noche en el puerto nos ocupamos de dar una cena de despedida a nuestros cultos y bondadosos amigos del Castillo. En la proa del "Irma" preparamos una mesa muy original con las conservas más variadas que pudimos conseguir en las diferentes ventas del lugar: "danish

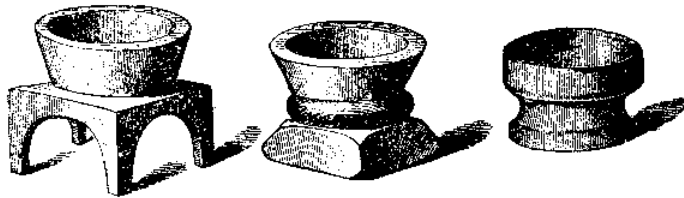


Fig. 65. — Bancos para jicaras.

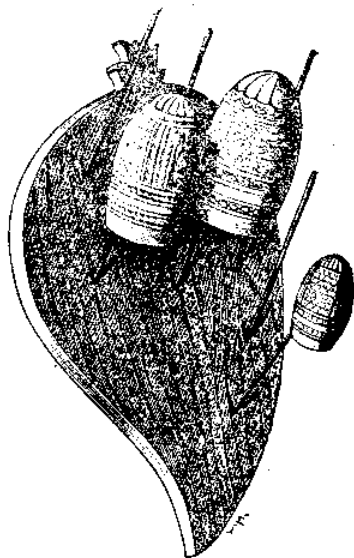


Fig. 66. — Jicarero.

butter” de San Francisco, sardinas francesas de Boston, aceitunas, “corned beef”, pepinos, mostaza, mermelada rusa y otras cosas más. Pero la “piéce de resistance” de la tarde fue un “ponche sueco”.

Mr. Ridgway, durante sus viajes alrededor del mundo, había oído hablar, en alguna parte, de la bebida favorita de los suecos y yo, como estudiante universitario sueco, naturalmente debía saber cómo prepararla. Yo acepté el reto y después de varias horas de trabajo, preparé una magnífica bebida, un producto que hubiera sostenido la prueba del gusto aun de veteranos conocedores del ponche. Estaba preparada y mezclada según todas las reglas del arte: con una base de azúcar cuidadosamente cocida y filtrada, viejo ron amarillo en lugar de arrak y olorosas mandarinas maduras en lugar de limones. La tarde fue alegre y el ponche produjo alegría general entre nuestros invitados. Mis advertencias de que se debía de gozar sólo en dosis moderadas del néctar color de oro, caían en oídos sordos. “No podía ser peligroso, es tan suave y dulce y nada fuerte”, me decían todos.

Hubo un gran número de discursos relámpagos, en español, en inglés y en francés: por nuestros soberanos, por Nicaragua —el paraíso del trópico— y el futuro centro de comunicaciones del mundo, por su comercio e industria, protegidos y dirigidos por “desinteresados y sacrificados extranjeros”, por los Estados Unidos, patria de la libertad y de la gran industria, por Inglaterra, reina de los mares; por Suecia, patria de Carlos XII y de Linneo, etc., etc.

El ponche se había terminado y la compañía se disolvió en medio del entusiasmo más animado.

El "Irma" no salió del Castillo antes del mediodía, pero muy pocos de los invitados a la fiesta pudieron levantarse para darnos la despedida. Uno de ellos me dijo, haciendo un débil esfuerzo por sonreír: "El ponche sueco es muy peligroso".